



Facultad de Filosofía y Letras
Grado en Historia

**La determinante influencia estadounidense en el devenir de Cuba
(1898-1962)**

The decisive influence of the U.S.A in Cuba (1898-1962)

Javier Cagigas Viota
Director: Fidel Gómez Ochoa

Curso 2014/ 2015

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	1
ABSTRACT	2
PALABRAS CLAVE	2
KEYWORDS	2
1. ANTECEDENTES: EL TRIÁNGULO ESPAÑA, CUBA Y ESTADOS UNIDOS (SIGLO XIX)	3
2. LA GUERRA DE INDEPENDENCIA CUBANA (1895-1898)	7
2.2. DEL GRITO DE BAIRE A 1898: LOS PRIMEROS AÑOS DEL CONFLICTO	10
2.3. 1898: REMEMBER DE MAINE	12
3. CUBA: DE COLONIA A REPÚBLICA (1899-1902)	15
3.1. ENMIENDA PLATT	17
3.2. CAMINO A LA REPÚBLICA	19
4. LA REPÚBLICA CUBANA (1902-1952)	20
4.1. LOS PRIMEROS AÑOS	21
4.2. LA PRIMERA REVOLUCION EN CUBA DURANTE EL SIGLO XX	25
4.3. UNA NUEVA REPÚBLICA (1934-1952)	26
5. HACIA LA REVOLUCIÓN CUBANA	29
6. EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO	33
6.1. DEL GRANMA A LA HABANA: LOS AÑOS DE LA LUCHA	34
6.2. ¿Y ESTADOS UNIDOS?	36
7. RUMBO AL SOCIALISMO	38
7.2. BAHÍA DE COCHINOS	42
7.3. “WE ARE NOT COMMUNIST”... ARE WE?	44
7.4. AL BORDE DEL COLAPSO: LA CRISIS DE LOS MISILES DE CUBA (OCTUBRE DE 1962)	47
CONCLUSIONES	49
BIBLIOGRAFÍA	51

INTRODUCCIÓN

Solo a 90 millas al sur de Florida se encuentra la isla de Cuba. Antaño lugar de predilección, prácticamente desde el triunfo de la Revolución Cubana (1959) se ha convertido en un enemigo de los intereses estadounidenses. No obstante, antes de 1959, Estados Unidos fue un actor fundamental en la realidad Cubana, especialmente desde el triunfo en la Guerra hispano-estadounidense de 1898 que supuso el fin del control colonial español sobre la isla.

De este modo, a través del presente Trabajo Fin de Grado se intentará plasmar la influencia de Estados Unidos en la dinámica histórica cubana del periodo que corresponde a los años 1898-1962. Es decir, desde el cese del control español en Cuba hasta la Crisis de los Misiles de 1962 como fecha simbólica en la que se puso fin a las relaciones entre los países vecinos.

Comenzaremos por el temprano interés que la isla suscitó en Estados Unidos durante el siglo XIX y que se puede observar, por ejemplo, en los intentos de compra a España. De ahí, seguiremos con la Guerra de Independencia Cubana, que llevó a la Guerra hispano-estadounidense y a la posterior intervención estadounidense en la isla entre 1899 y 1902. La Republica Cubana (1902-1952), el Golpe de Estado de Batista y su Dictadura, La Revolución Cubana y la posterior ruptura de relaciones.

Se parte de varias hipótesis que se intentarán corroborar. En primer lugar, que la dinámica cubana durante la cronología estipulada (1898-1962) se debió principalmente al ejercicio de presión constante por parte de Estados Unidos, primero a través de la Enmienda Platt (1901), y posteriormente a través de otros cauces, estableciendo un contacto total durante la Dictadura de Fulgencio Batista (1952-1958). Posteriormente, tras el triunfo de la Revolución Cubana, es posible que el giro pro-soviético de la Revolución se debiera a la presión estadounidense, máxime si tenemos en cuenta acontecimientos clave como la fracasada invasión de Bahía de Cochinos (abril de 1961).

A la luz de la historiografía se intentará establecer la ocupación de Estados Unidos después de la Guerra hispano-estadounidense (1898), y como ésta asentó la posterior influencia estadounidense en la Republica. Del mismo modo se intentarán establecer las relaciones de Batista con Estados Unidos y finalmente el giro de la Revolución, que nace como un ejercicio de oposición a Fulgencio Batista, hacia la izquierda, para darse finalmente el cese total de las relaciones después de la Crisis de octubre de 1962.

ABSTRACT

In the following pages, I will present the US influence in Cuba from 1898 until the final turn to the communism of the Cuban Revolution. I will start from a background that is framed in the nineteenth century, will establish the American intervention in the Cuban War of Independence in 1898, the subsequent occupation (1898-1902) and the influence during the years of the Cuban Republic (1902-1952) and during the dictatorship of Fulgencio Batista (1952-1959). Similarly, with Fidel Castro as strongman of the country, I will speak about the communist turn of the Revolution and the role of the US in that change.

PALABRAS CLAVE

Relaciones cubano-estadounidenses, Guerra hispano-cubana-estadounidense, Republica Cubana, Revolución Cubana.

KEYWORDS

Cuban-American relationship, Spanish-Cuban-American War, Cuban Republic, Cuban Revolution.

1. ANTECEDENTES: EL TRIÁNGULO ESPAÑA, CUBA Y ESTADOS UNIDOS (SIGLO XIX)

“I candidly confess, that I have ever looked on Cuba as the most interesting addition which could ever be made to our system of States”.

(De la carta de Thomas Jefferson a James Monroe del 24 de octubre de 1823)

Cualquier lectura que se haga en lo tocante a la relación entre Cuba y Estados Unidos en el siglo XX se torna vana cuando no hacemos referencia a lo acontecido en el siglo XIX.

Observamos cómo desde la independencia, Estados Unidos consideró necesario expandirse y desarrollarse a lo largo y ancho de sus territorios inmediatos. El expansionismo estadounidense sobre el continente americano en el XIX tendría tres hitos clave: por un lado, Méjico en 1848; y por otro Cuba y Puerto Rico en 1898 (Pascual, 1997, p. 341); en el seno de este tridente conformado, en la expansión de Estados Unidos, fue de suma importancia la doctrina del Destino Manifiesto: a tenor de John L. O’Sullivan, un periodista neoyorquino a favor de la anexión de Texas en la Unión, el plato fuerte estaba en la asimilación de sus vecinos gracias a la superioridad anglosajona y a sus instituciones democráticas¹. Igualmente importante resultó, a partir de la década de los veinte, la Doctrina Monroe, a la que haremos referencia posteriormente.

Para 1805, uno de los personajes más representativos de su época en la idea del expansionismo, fue el tercer presidente de Estados Unidos, Thomas Jefferson (1801-1809). Éste hizo ya alusión a la isla caribeña en una carta dirigida al ministro inglés en Washington. A este interés podemos darle una clara visión geoestratégica, pues la isla era clave para la defensa de la Luisiana y la Florida, como el mismo Jefferson decía. Su sucesor como presidente, James Madison, cuya administración se prolongó hasta 1817, expresaría en su correspondencia al diplomático William Pickney, que la isla tenía tanto interés comercial como de seguridad, de modo que no podía verla en manos de ninguna potencia europea. (Cruz, 2001, p. 69).

Con el presidente James Monroe (1817-1825) podemos encontrar un punto de inflexión en base a la formulación de su célebre doctrina, en un mensaje dirigido al Congreso americano el

¹ John L. O’Sullivan dijo en la edición de julio-agosto de 1845 de *Democratic Review* que tenían “El derecho de nuestro destino manifiesto para extendernos y poseer la totalidad del continente que nos ha sido asignado por la Providencia para el libre desarrollo de nuestros millones de habitantes que se multiplican anualmente”.

2 de diciembre de 1823, en el ecuador de su segunda legislatura². La principal idea de la Doctrina Monroe era que cualquier interferencia exterior en cualquier país americano, sería tomada por Estados Unidos como una perturbación en la paz.

Ciertamente, en ese momento no hacía referencia a las potencias europeas con colonias en América, pero eso no ocultaba el interés norteamericano en la isla antillana. El español Javier Rubio en *La Cuestión e Cuba y las relaciones con los Estados Unidos Durante el Reinado de Alfonso XII: los orígenes del “desastre” de 1898* (1995), dedica la primera parte de su libro a las relaciones entre Cuba, Estados Unidos y España desde la administración del propio Jefferson, a comienzos de siglo, hasta concluido el Sexenio Democrático en España. Aquí establece las lecturas que se han hecho de la Doctrina Monroe, haciendo hincapié en la clásica de que su génesis de la Doctrina estaba en la posible intervención de las potencias de la Santa Alianza para ayudar a recuperar sus colonias. Citando a historiadores de la primera mitad del XX como Emilio Roig, pudiendo introducir a otros más modernos como Cruz Cabrera, que apuestan por esta idea, hace referencia a cómo esa interpretación clásica se fue orientando hacia otra en la que el asunto capital era la amenaza inglesa en Cuba. De cualquier modo, Arthur P. Whitaker con *The United States and the Independence of Latin America 1800-1830* (1962), volvió a apostar por la primera interpretación (Rubio, 1995, p. 57). José María Fernández Palacios en cambio, habla de que lo se intentaba era “redundar en la expresión de una política exterior tradicionalmente estadounidense [...] encaminada a limitar [...] la influencia europea en el hemisferio occidental, como a mantener a Estados Unidos libre de comprometerse en los asuntos europeos para no verse arrastrado a conflictos que nada tenían que ver con sus intereses” (Fernández, 2001, p. 74).

Entre 1812 y 1822 hubo leves intentonas para la compra de Cuba, aunque durante las administraciones de James Monroe y John Quincy Adams (1825-1829), no obstante, ya habían comenzado a negociar la adquisición de la Florida y no era prudente “correr demasiado” (Pascual, 1997, p. 357). En 1822, Monroe, junto a su gabinete de gobierno, discutiría una propuesta de anexión de Cuba a raíz de que un grupo de anexionistas cubanos afirmaran que la isla estaba preparada para una insurrección. Como contraprestación, el gobierno estadounidense debía tomar la isla como un estado más. Pero Estados Unidos no estaba preparado aun para establecer un enfrentamiento directo con Inglaterra.

² Aunque sin duda la génesis de la Doctrina Monroe lo debe todo al momento histórico, hubo variaciones a lo largo de los años.

Cabe aquí mencionar lo que el historiador cubano Ramiro Guerra definió en *Las expansiones territoriales de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos*, como “las cuatro reglas prácticas de la diplomacia expansionista de los Estados Unidos”, elaboradas ya por Thomas Jefferson. A saber: mientras Estados Unidos no pudiera tomar la isla, ésta se quedaría en las manos más débiles; debían aguardar en “espera paciente” el momento adecuado; en momento de dificultad para el débil, se debía obrar rápidamente; las formas se debían guardar y justificar moralmente (Guerra, 1975, p. 76-89)

El mencionado John L. O’Sullivan y sus colegas del “Havana Club” emprendieron en 1845 una campaña para que Estados Unidos efectuase la compra de Cuba. El mismo O’Sullivan haría saber, vía epistolar, a James Buchanan, Secretario de Estado, que muchos cubanos ricos estarían en posiciones más proclives de anexionarse que de ser independientes, contribuyendo a que el proceso de compra se materializase (Sevillano, 1986, p. 215).

James Knox Polk (1845-1849) fue el primer presidente que presentó una verdadera oferta de compra en 1848. Cien millones de dólares que fueron rechazados por el titular del departamento de Estado español en aquel momento, el marqués de Pidal³. Así, las intenciones del representante americano en Madrid, Romulus Saunders, se tornaron completamente vanas.

Un segundo intento tuvo lugar durante la administración de Franklin Pierce (1853-1857), que junto a su Secretario de Estado, William L. Marcy, mantuvieron en el punto de mira la anexión de Cuba como una de las claves de su política exterior. Mientras Cruz Cabrera habla de las relaciones con Inglaterra, Francia y España, y de cómo estas pasaban por un momento de “quietud vigilante” sobre los movimientos de Estados Unidos, dado lo cual siguió vigente la política de espera paciente (Cruz, 2001, p. 74), Pascual Martínez hace hincapié en la oferta de ciento treinta mil millones de dólares que se hizo a España en ese momento. Marcy, quería conocer de primera mano las opiniones de sus embajadores en España, Inglaterra y Francia, con quienes tuvo una reunión en Ostende, de donde salió el Manifiesto de Ostende de 1854. Los tres embajadores pedían el uso de la fuerza para apoderarse de Cuba, aunque dejaban la puerta abierta a la compra (Pascual, 1997, p. 358).

De otro lado, en el seno cubano, vemos una realidad social bastante heterogénea en lo que respecta a Estados Unidos. Por un lado tenemos lo que podemos llamar anexionistas, esto es, aquellos que abogaban por una unión con Estados Unidos. Grandes hacendados y oligarquía criolla compondrían el grueso de este grupo, que buscaban la anexión por cuestiones

³ Decía el marqués de Pidal que la mayoría de la población española prefería ver la isla hundida en las profundidades del atlántico antes que en manos de otra potencia.

meramente económicas⁴. Una posición, la de los anexionistas, que se vería aumentada para finales de la década de los cincuenta, y que dejó un poso indudable. Además de estos, estaban los unionistas, que mantenían su posición de unión con España. Un tercer grupo estaría encarnado por el nacionalismo cubano, el mismo que llevó al Grito de Yares para 1868. Un último grupo sería el que, como señala Rosa Sevilla Soler, no abogaría por ninguna de las posiciones anteriores, sino que tenían clara la necesidad de un replanteamiento de la relación con la metrópoli; autonomía como elemento clave para encontrar la solución de los problemas y hacer frente a anexionistas e independentistas (Sevilla, 1996, p. 28).

A partir del ecuador de la década de 1860 y hasta bien entrada la de los setenta, Estados Unidos se vio inmerso en la Guerra de Secesión (1861-1865), con su posterior impacto. La cuestión anexionista de Cuba quedó dejada a un lado según Cruz Cabrera, pues en un contexto de “no más guerra para los americanos”, presidentes como Andrew Johnson (1865-1869) y Rutherford B. Hayes (1877-1881) no hicieron hincapié en la cuestión cubana (Cruz, 2001, p. 74), aunque Ulyses Simpson Grant (1869-1877), una vez comenzada la Guerra de los Diez años en Cuba (1868-1878) junto a Hamilton Fish, su Secretario de Estado, llevaron a cabo un nuevo intento de compra. Como diría el General Juan Prim ante la Cámara sobre esa tentativa: “La isla de Cuba no se vende, porque su venta sería la deshonor de España, y a España se la vence, pero no se la deshonor” (Pascual, 1997, p. 359).

En este contexto es interesante también el dato que aporta Javier Rubio, pues si bien la existencia de una importante población esclava en Cuba había sido una realidad soportable, después de la Guerra de Secesión, se había convertido en un problema tras la victoria de la Unión (Rubio, 1995, p. 67).

Habría otro intento de compra, ya a finales de la década de los setenta, denegada ésta por Quipo de Llano, conde de Toreno. Y es que con la finalización de la Guerra de los Diez años, la pacificación en Cuba no era más que un espejismo. El gobierno general sería cedido al general Arsenio Martínez Campos, que había sido el artífice del Pronunciamiento de Sagunto en España (27 de diciembre de 1874), en el año 1878. La Paz de Zanjón, conseguida por el propio general, consistió de manera acotada en que Cuba disfrutase de una realidad política y administrativa análoga a la que disfrutaba la isla de Puerto Rico. Se logró una “victoria sin

⁴ El incremento del intercambio comercial entre Cuba y Estados Unidos durante la primera mitad del siglo XIX fue muy importante. En 1818, España procedió a abrir los puertos cubanos al comercio y en menos de dos años la mitad del comercio de Cuba iba a Estados Unidos. Entre 1830 y 1870 el azúcar de Cuba experimentó un importante desarrollo en su industria, representando para 1850 el 87% de las exportaciones de Cuba, de las cuales un 40% iba a Estados Unidos (González, 2001, p. 3). Así, se entiende la aparición de esta tendencia anexionista. Y es que además de ser el mercado principal de Cuba, Estados Unidos mantenían el régimen esclavista al que el hacendado cubano no estaba dispuesto a renunciar (Sevilla, 1996, p. 27).

victoria” para ambas partes (Moro, 2008, p. 56). La búsqueda de libertad que había propiciado el grito de Yares, no se había cumplido. De ahí, quedaba el poso perfecto para la Guerra de Chiquita (1879-1789) y la posterior y definitiva Guerra de 1895.

En Europa, la década de los ochenta se caracterizó por la carrera en Asia y en África. Inglaterra, que para estas alturas era la primera potencia mundial, sufrió una metamorfosis en lo que respecta a su política latinoamericana, pues tras la muerte de George Canning en 1827, los tratadistas ingleses fueron perdiendo poco a poco su interés en el continente americano.

La década de los ochenta sentaría las bases de lo que serían los Estados Unidos en la última década del siglo XIX y las primeras del XX. Toda una nueva generación de políticos y de militares que se encargaron de delimitar las necesidades estadounidenses y de encauzar la política exterior en base al Destino Manifiesto y a la Doctrina Monroe. Y es que los treinta años posteriores a la Guerra de Secesión, en Estados Unidos tuvo lugar un incremento de la producción agrícola, multiplicándose las tierras cultivadas, unido a las innovaciones científicas, especialización de cultivo y nueva maquinaria que en conclusión supusieron años económicamente favorables. Además, se mostró una renovada actitud anexionista, concretada en mejorar el poder marítimo, establecer bases militares en el exterior e incrementar el ejército regular (González, 2011, p. 15). Este renacer estadounidense tuvo su máxima expresión en el Primer Congreso Panamericano de 1889 en Washington.

De este modo, la situación de Cuba entre el 1895 y 1898, fue clave para volver a situar la isla en el foco de interés; Cuba volvía a estar en la vanguardia de los intereses de la política exterior norteamericana. América era, qué duda cabe, para los americanos.

2. LA GUERRA DE INDEPENDENCIA CUBANA (1895-1898)

“El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga, sino en la mente de algún candidato o algún bachiller, a vivir juntos”.

(José Martí en La conferencia monetaria de las Repúblicas de América, en Nueva York, mayo de 1891)

La Guerra Hispano-Cubana, Guerra de Cuba o Segunda Guerra de la Independencia de Cuba, fue un conflicto armado que comenzó en febrero de 1895 con el famoso grito de Baire, y que se prolongó hasta 1898, año en el que la intervención estadounidense supuso un giro para el devenir de la guerra.

Para España, la derrota de 1898 abrió en su seno una cicatriz que tardaría mucho en cerrar. La pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, causaron una gran conmoción. España quedaba relegada a una potencia de tercera categoría. Una *Dying Nation* que diría Lord Salisbury en 1898.

Los intelectuales, por su parte, movilizaron el territorio literario en estos momentos – Generación del 98-. Los descontentos apelaron a una regeneración política para hacer frente a los problemas externos, pero sobre todo internos. Este afán aunó a personalidades políticas de diferentes posiciones. En cambio, para Estados Unidos, la situación posterior a la *Splendid Little War*, que mencionaba el coronel Theodore Roosevelt en 1898, fue muy diferente.

Y ni que decir tiene la propia isla antillana, pues como veremos en las páginas siguientes, a partir de los acuerdos de París (1898), y tras la Enmienda Platt (1901), los intereses estadounidenses en Cuba quedarían colmados.

2.1. JOSÉ MARTÍ: UN IDEÓLOGO PARA LA INDEPENDENCIA

“El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país”

(José Martí “Nuestra América”, *La Revista Ilustrada de Nueva York*, 10 de enero de 1891)

En lo que respecta a los protagonistas de esta Guerra de Independencia, hay una personalidad que, sin duda, emerge por encima de los demás: José Martí. Los orígenes de Martí se encuentran en los de una familia española afincada en la capital de la isla caribeña y de origen humilde, como las de Máximo Gómez⁵ o Antonio Maceo⁶. Como a tantos hombres de su perfil, la mejor palabra que puede enmarcar al cubano es la de intelectual.

⁵ Aunque de origen dominicano, Máximo Gómez fue un militar que adquirió relieve durante la Guerra de los Diez años (1868-1878) y especialmente en la Guerra de 1895, donde fue sin duda uno de los personajes protagonistas. Como general en jefe de las tropas revolucionarias, Gómez dirigió las ofensivas desde el oeste de la isla, frenadas por Weyler, tras la muerte de Martí. Tras la muerte de Antonio Maceo, Gómez quedó como protagonista absoluto, siendo confinado a la lucha de guerrillas. Contrario a cualquier pacto autonomista con Sagasta en 1898, el general Gómez dimitiría después de la guerra, al entrar en confrontación con los norteamericanos.

⁶ Antonio Maceo, participó en la Guerra de los Diez años, alistándose poco después del Grito de Yara y llegando pronto a comandante y posteriormente a segundo de Máximo Gómez. Después de la Paz de Zanjón (1878) continuó la lucha armada en el oeste, por lo que tuvo que retirarse a Jamaica. Junto a Calixto García, militar cubano, promovió desde Nueva York la Guerra de Chiquita (1879). Después de Jamaica y Haití vendría Costa Rica, donde Martí contactaría con él. En 1895 desembarcó en Duaba y asumió la jefatura de las fuerzas de la

Desde la Guerra de los Diez años, aun durante su minoría de edad, Martí cultivó su ideario político. Abrasivo en ocasiones, fue condenado a seis años de trabajos forzados en San Lázaro y desterrado posteriormente (1870-1878). Esta primera época de destierro, fue capital para el desarrollo ideológico de Martí. “El cubano por antonomasia”, como lo llama Paul Estrade en su obra *José Martí: los fundamentos de la democracia latinoamericana* (Estrade, 2000, p. 33) volvería a Cuba después de Zanjón, para ser desterrado un año después. Durante aquellos meses en Cuba, combinó su faceta de profesor con la de otras actividades de índole cultural, emitiendo discursos y reincidiendo en lo que para él era capital: la independencia cubana.

Durante su segundo destierro, Martí viajó a los Estados Unidos. Allí entró en el Comité Revolucionario Cubano de Calixto García. Vivió también en Venezuela, tierra de Simón Bolívar, de quien era un ferviente admirador, siendo expulsado por Guzmán Blanco⁷ (Matilde Fernández; Martín Fernández, 2008, p. 200). Desde Venezuela volvería de nuevo a Estados Unidos. Una vez en Nueva York, establecería en su punto de mira la puesta en marcha de la independencia de Cuba. Estudió de manera sistemática las pasadas guerras, aprendiendo de los errores cometidos. Este tiempo en Nueva York fue una época de intensa preparación ideológica y de organización (Estrade, 2000, p. 357).

Los planes revolucionarios que guardaba para Cuba quedaron recogidos en la carta que le envió a Máximo Gómez en nombre de la Comisión ejecutiva y los emigrados de Nueva York, Cayo Hueso y Filadelfia, en 1887. Pedía que se organizase lo antes posible la parte militar de la revolución; además de unir las emigraciones en condiciones de igualdad, impedir el predominio de ninguna clase social (militar, civil, región o raza sobre otra), marcaba la importancia de que no perdiesen fuerza las ideas anexionistas. La carta suponía, en conclusión, una llamada a la unión y a la concordia (Matilde Fernández; Martín Fernández, 2008, p. 203).

En 1892, estando en Cayo Hueso, se aprobaron las bases para la creación del Partido Revolucionario Cubano con la finalidad de unir fuerzas y conseguir la independencia para Cuba y ayudar a Puerto Rico en la suya. Los nueve artículos que conformaban el Estatuto del Partido hacían hincapié en lo necesario de la guerra, el éxito de la independencia y la apertura de la República en Cuba. El encargado de prender la llama, formando los círculos conspirativos en Cuba, fue Juan Gualberto Gómez. José Martí, quedaba como cabeza del Partido en el puesto de delegado. El brazo militar, por su parte, quedó articulado con Máximo

provincia de Santiago. Consiguió la conquista de Oriente, invadió Camagüey y, a finales de 1895, expulsó de La Habana a Martínez Campos. Moriría durante la guerra a finales de 1896.

⁷ Militar, caudillo y presidente venezolano en tres ocasiones.

Gómez. En 1893 Martí tendría reuniones con Antonio Maceo, quien de buena gana estuvo de acuerdo en aceptar la lucha por la independencia cubana.

Quedaba así configurado el Partido Revolucionario Cubano, el que quería fundar “un pueblo nuevo y de sincera democracia”. Ahora solo hacía falta esperar a pertrecharse y a configurar todo de cara al levantamiento, que tuvo lugar el 24 de febrero de 1895.

2.2. DEL GRITO DE BAIRE A 1898: LOS PRIMEROS AÑOS DEL CONFLICTO

“¿Mis mejores generales? Junio, julio y agosto”

(Máximo Gómez, verano de 1897)

El 24 de febrero de 1895 tuvo lugar un levantamiento simultáneo en 35 localidades cubanas que ha pasado a la historia con el nombre de “el Grito de Baire”⁸. En España, el Gobierno de Sagasta, que había declarado su intención de defender la soberanía española en la isla a toda costa, dejó paso a finales de marzo a un nuevo gobierno con Cánovas, decidido a poner fin a la insurrección. En la isla, el capitán general Emilio Calleja proclamaría después del levantamiento el estado de guerra en la isla, acudiendo a batallones de voluntarios ante la falta de tropas. Pronto sería cesado.

Se consideraba que la llegada del general Martínez Campos –quien había conseguido poner fin a la Guerra de los Diez Años- pondría fin al conflicto. Para cuando arribó en la isla, dos meses después del levantamiento, los insurrectos, que habían comenzado la guerra casi sin fondos al haber sido sus armas confiscadas por Estados Unidos en Fernandina, eran fuertes al norte de Sierra Maestra y, tan solo a 75 kilómetros de Santiago de Cuba, empezaban a moverse hacia poniente (Fernández Bastarreche, 2008, p. 57).

José Martí y Máximo Gómez se dirigirían hacia el centro de la isla, a Camagüey. En ese viaje serían sorprendidos por tropas españolas. Martí moriría en Dos Ríos el 19 de mayo de 1895. Máximo Gómez quedaba como cabeza de la insurrección.

Los independentistas cubanos avanzaban cada vez más. La apuesta de Martínez Campos como un seguro en los primeros años de la guerra se vio superada por los insurrectos. Un año después de emprender la lucha, los cubanos ya habían conseguido extenderse por toda la isla

⁸ Los historiadores cubanos coinciden en llamarlo “Grito de Oriente”, pues el levantamiento no solo tuvo lugar en la localidad cubana de Baire.

gracias a la maniobras de Gómez y Maceo. Al mismo tiempo, Cánovas cesaría a Martínez Campos, llamando a Valeriano Weyler.

El general Weyler emprendió desde su llegada la preparación de una trocha Mariel-Majana que encerrara a Maceo en Pinar del Río. A partir de febrero intentaría restar fuerza en el centro de la isla a Gómez, pero sin llevar acciones más allá de la trocha Júcaro-Morón que había conformado Campos. Junto a la trocha Mariel-Majana, otro importante factor durante la estancia de Weyler en la isla fue la política de reconcentración⁹. De este modo, para mayo de 1897, el general anunciaba la pacificación en las cuatro provincias occidentales.



Figura 2.1. Trochas españolas¹⁰

No obstante, 1897 fue un año de muy importantes cambios en España. En primer lugar, es esencial hablar del asesinato de Cánovas en Santa Agueda a manos del anarquista Angiolillo y del nombramiento de un nuevo gobierno liberal. Por otro lado, la figura de Weyler estaba cuestionada, pues tanto en España como en Estados Unidos, sus tácticas militares habían sido vistas de manera negativa y habían despertado un gran rechazo. De este modo, para octubre, el gobierno de Sagasta¹¹ sustituiría a Weyler, que había caído en desprestigio por sus métodos, por el general Ramón Blanco y proclamaría un programa de importantes reformas autonomistas. Pero ya era tarde para esta clase de medidas. Los cubanos independentistas habían luchado lo bastante como para pensar en otro final que no fuera la independencia.

⁹ En pocas palabras, consistía en juntar a los campesinos en poblados cercados para así aislar a los insurrectos de su medio natural y evitar que recibiesen ayudas. Aunque eficaz, esta estrategia desprestigió la imagen exterior de España, pues era calificada de inhumana y cruel.

¹⁰ Adaptación propia del original accesible desde <http://www.eldesastredel98.com/capitulos/trocha.htm> (Último acceso 21 de agosto de 2015).

¹¹ Con Segismundo Moret en la cartera de Ultramar.

2.3. 1898: REMEMBER DE MAINE

“[...] debemos evitar la tentación de una agresión territorial”

(Del primer discurso inaugural de William

Mckinley el 4 de marzo de 1897)

Desde Estados Unidos se había seguido con interés los acontecimientos de Cuba. Algunos sectores de la sociedad norteamericana encontraban analogías entre la situación de la isla y la de los propios estadounidenses a mediados del XVIII. El presidente demócrata Grover Cleveland, que para el comienzo de la guerra en Cuba estaba en pleno mandato de su segunda legislatura, plasmó la neutralidad de Estados Unidos ante al conflicto en junio de 1895. Intentó en 1896 que Estados Unidos jugase un papel de mediador entre Cuba y España, tras lo que podemos observar la intención salvaguardar los intereses de sus compatriotas en la isla.

Es por esto, como dice el historiador German Rueda en “El “Desastre” del 98 y la actitud norteamericana” (1998) citando a Luis Navarro García, que la neutralidad de Cleveland y del encargado de los asuntos exteriores, Richard Olney, no fue tal, estrictamente hablando. De todos modos, los intentos de compra de Cuba por parte de Estados Unidos, siguieron durante la presidencia de Cleveland y continuaron con la sucesión del republicano William Mckinley (Rueda, 1998, p. 86).

La intervención militar estadounidense era defendida por varios sectores de la sociedad y del periodismo norteamericano. En este último aspecto, hay dos publicaciones clave: *The World* y *The New York Journal*, con Joseph Pulitzer como director de la primera y William R. Hearst de la segunda. Para el momento en el que la administración republicana de Mckinley se abría, las preocupaciones de los norteamericanos gravitaban sobre la intervención y la posición del nuevo presidente ante la Guerra.

El Partido Republicano pedía una posición más dinámica en lo referente al enfrentamiento caribeño. Pese a esto, el presidente, en su mensaje inaugural, no cambió la postura de Cleveland. Los que apostaban por la intervención debieron esperar tres meses para encontrar posiciones más contundentes en lo que respecta a Cuba, con las protestas por las actuaciones de Weyler y el nombramiento de Steward L. Woodford como representante en Madrid.

Sería en noviembre del 97 cuando se celebró una reunión en la que participaron José Canalejas, el representante español en la capital estadounidense, Dupuy de Lôme, y el presidente Mckinley. Éste último les comunicó sus buenas vibraciones en lo relacionado a la

autonomía cubana y su talante nada benevolente para aquellos empleados federales que, como dice Gustavo Pardo Muñiz, “colaborarían en cualquier acto filibustero” (Pardo Muñiz, 2008, p. 381).

Pese a lo anterior y a las palabras de Mckinley en su toma de posesión, la administración republicana en contraposición a la demócrata, la presión desde algunos sectores de la prensa estadounidense y la presencia de intereses económicos en la isla, fueron formando un caldo de cultivo excelente para ir conformando la idea de la intervención. Clave fue el apoyo a los independentistas de la Liga Cubana, que había ido recogiendo simpatizantes a lo largo y ancho del territorio estadounidense, creando además un trampolín esencial como era tener a la prensa de su parte.

Por su parte la Junta Cubana buscó apoyo en Estados Unidos. Y lo consiguió. Sus seguidores enviaron armas y barcos hacia Cuba, con poca intervención en materia de penalización por parte de las autoridades norteamericanas (Rueda, 1998, p. 86).

La posición que fue adoptando el presidente norteamericano en lo referente a Cuba, quedaría bien recogida en el discurso del 6 de diciembre de 1897. En éste, Mckinley dejaba clara la insatisfacción despertada por las medidas tomadas por España en lo referente a la isla –se refería a la política de reconcentración¹²-. Para él, lo tocante a Cuba era lo más importante en ese momento para Estados Unidos (Cruz Cabrera, 2001, p. 83).

El punto de inflexión tendrá lugar en enero de 1898. El 12 de enero se produjeron algunos disturbios en la Habana. La razón, gravitaba en el rechazo al Decreto español de Autonomía para Cuba. Con el fin de proteger a sus ciudadanos, el gobierno de Mckinley envió al acorazado Maine hacia la isla (Cardona, 2008, p. 65). El 15 de febrero, un estallido provocó el hundimiento del buque. La voladura del Maine fue la excusa esperada por Estados Unidos.

Desde las publicaciones antes mencionadas, el *World* y el *Journal*, ejemplos más clarividentes de la prensa amarilla estadounidense, se dedicaron numerosos artículos en las semanas posteriores a la explosión. Su posición quedaba clara: la explosión había sido cosa de un torpedo o una bomba. Siguiendo el cauce de los años anteriores, en ambas publicaciones se pedía la inmediata intervención.

German Rueda, en su trabajo, hace referencia al accidente del Maine y aporta luz sobre la implicación española. Historiadores norteamericanos, como Walter Millis o Philip S. Foner, han cerrado la puerta a la posibilidad de la implicación española en el accidente. El almirante

¹² El discurso de Mckinley pronunciado el 6 de diciembre de 1897 es accesible desde <http://millercenter.org/president/mckinley/speeches/speech-3769> (último acceso 19 de julio de 2015).

Rickover en *How the battleship Maine was destroyed*, de 1976, publicó un estudio en el que achacaba la explosión a una causa interna (Rueda, 1998, p. 87). Hugh Thomas ha ido más allá. No cierra puertas a que el accidente se debiera a circunstancias que gravitaban alrededor de algún ciudadano estadounidense sediento de guerra o de algún revolucionario cubano. En palabras del historiador británico, después de la muerte de Martí (1895) y Maceo (1896), principales estandartes en contra de la anexión, y después de tres años de guerra, cualquier cubano podía ser capaz de un acto semejante, aunque no existan evidencias de ello (Thomas, 2004, p. 268).

De cualquier modo, el motivo bélico ya estaba sobre la mesa. Ya existía una excusa que condujese a McKinley a la intervención. La sociedad estadounidense, gracias a la prensa y a las eclécticas declaraciones políticas en lo referente al tema¹³, se posicionó cada vez más en la creencia de que España había volado el acorazado y había causado la muerte de 256 personas.

Dos comisiones de investigación se abrieron, una española y otra estadounidense que se negó a trabajar conjuntamente con la primera. La comisión estadounidense centraba el accidente en una causa exógena. Mientras, la española concluyó que el accidente se debió a causas internas.

“Remember the Maine” fue una frase que se repitió mucho en aquellos momentos. No solo fue expuesta en las portadas de los periódicos, sino también en banderolas o en productos industriales. Diez de cada nueve americanos apuntaban a España como causante de la explosión; una opinión en la que los periódicos tuvieron, con el único fin de aumentar su tirada y el número de lectores, un papel muy importante. Como diría Pulitzer años después, la idea de una guerra le atraía para tener la oportunidad de elevar la tirada de su periódico (García Reguerio, 2008, pp. 399-400).

El 11 de abril, el presidente McKinley presentaba al Congreso las razones que lo llevaban a declarar la guerra a España: habló de la defensa de la humanidad, de la defensa de la vida y de los intereses de sus conciudadanos en Cuba con respecto a los problemas en materia de industria y negocios; por último, hizo referencia la amenaza de paz que suponía la situación bélica en Cuba para Estados Unidos.

El 16 de abril se presentaría en el Senado por parte de Henry M. Teller, -senador por Colorado- la enmienda que pasaría a la historia como Enmienda Teller. Lo esencial de la

¹³ Roosevelt diría que la explosión del Maine se debió a un acto de traición.

enmienda es que, después de la liberación cubana, los Estados Unidos no ejercerían ningún intento de soberanía sobre la isla.

Muchos historiadores destacan que lo que se perseguía con la Enmienda Teller, era frenar el impacto que supondría a los productores de azúcar de remolacha norteamericanos la competencia cubana. Aunque debemos ser cautos pues en palabras de Hugh Thomas, no hay evidencias que impliquen a la industria de la remolacha (Thomas, 2004, p. 274).

Para el 20 de abril, el gobierno estadounidense dio un ultimátum a España: si España no abandonaba la isla, el gobierno se veía dispuesto a usar fuerzas navales y militares en la isla. La declaración de guerra oficial sería el 25 de abril de 1898.

La “Splendid Little War” se iniciaba. Desde España se intentaron alianzas con los cubanos contra Estados Unidos, pero los intentos de una “unidad hispánica” fueron vanos después de casi tres años de guerra. En solo dos meses y medio finalizó la guerra hispano-estadounidense. Era la primera vez que una potencia europea se veía superada por otra de diferente continente. Para agosto ya existía un documento que recogía las condiciones de la derrota del país europeo. Es ese periodo, entre agosto y diciembre de 1898, mes en el que se llega al Tratado de París¹⁴, cuando las tropas españolas fueron abandonando la isla y empezó a ser ocupada por fuerzas norteamericanas.

3. CUBA: DE COLONIA A REPÚBLICA (1899-1902)

“No es aun libre el cubano ni independiente la Tierra después de tanta sangre derramada”

(De la carta de Máximo Gómez a Edmon S. Meamy, 20
de diciembre de 1898)

El periodo de ocupación estadounidense en Cuba, es descrito por algunos historiadores como una dictadura militar –tal es el caso de Richard Gott en *Cuba: Una nueva Historia* (Gott, 2007, p. 159)-; ocupación militar para otros, como Jules R. Benjamin desde la Universidad de Rochester, que hace referencia a la “military occupation of Cuba” (Benjamin, 1990, p. 59). Hugh Thomas habla de ocupación “temporal” (Thomas, 2004, p. 303). Otros simplemente hablan de un país bajo soberanía estadounidense, así lo escribe el historiador de la Universidad de Carolina del Norte Louis A. Pérez en *Cuba Between Empires 1878-1902*

¹⁴ De manera resumida, en el Tratado de París se estipulaba que España entregaba a Estados Unidos Puerto Rico y Guam y rechazaba pretensión cualquiera sobre Cuba. España cedería también el archipiélago de Filipinas y los Estados Unidos pagarían veinte millones de dólares al gobierno español una vez que se ejecutasen los cambios territoriales.

(Pérez, 1982, p. 260). Una etapa, esta que abarca desde 1899 hasta 1902 que como el mismo título de su obra reza, “entre imperios”.

De cualquier modo, 1899 se abre de la manera que quedó estipulado en París, con el fin de la presencia española en la isla. La entrada oficial de Estados Unidos en Cuba tiene su comienzo efectivo el 1 de junio del mismo año. Hasta ese momento, nunca en la historia Estados Unidos había ejercido una ocupación efectiva en otro país. Se abría una época nueva, no solo para España, sumergida durante estos años en un análisis nacional de conciencia, sino para Estados Unidos, con nuevos dominios territoriales y nuevas oportunidades comerciales, y especialmente para Cuba.

La primera barrera que se debió vencer desde la administración norteamericana fue la Enmienda Teller, efectivamente, pero también había que hacer frente a las consecuencias de la guerra¹⁵. McKinley, diría al congreso en diciembre de 1898 que “hasta que haya una total tranquilidad en la isla y se construyera un gobierno estable” el gobierno militar se mantendría en Cuba (Gott, 2007, p. 162). Nadie sabía, para la altura de 1899, cuánto iba a durar la ocupación de Cuba. La primera medida que se tomó fue nombrar a John R. Brooke como gobernador de la isla. La administración y las leyes españolas quedaron intactas en estos primeros años, simplemente existiendo un cambio en los puestos de sus predecesores.

La ocupación, que se alargó de enero de 1899 a mayo de 1902, no agradó demasiado a los independentistas. Así, la lucha del independentismo después de décadas de guerra, formó una lógica nacionalista que desde los Estados Unidos se intentará minimizar¹⁶. Después de que Estrada de Palma¹⁷ dinamitase el partido creado por Martí, solo quedaba la Asamblea de Representantes como único órgano que abogaba por el independentismo.

Cabe mencionar la poca preparación para auto-gobernarse que se achacaba a Cuba por parte de los Estados Unidos. Como diría el almirante William T. Sampson “nos llevará largo tiempo enseñarles”¹⁸. En Estados Unidos, gran parte de la clase política tenía esa idea sobre Cuba, en la que el destino de la isla, iba atado a la anexión de Estados Unidos. Louis A. Pérez hace

¹⁵ Por ejemplo, una de los primeros cometidos fue hacer un censo de la población cubana. La población ascendía a un millón y medio, habiendo existido, por consecuencias de la guerra, unas pérdidas cercanas a las 300.000 personas (Gott, 2007, p.161). Así, también quedaron menguadas las producciones de azúcar de caña o de boniatos.

¹⁶ La frustración fruto de la ocupación estadounidense llegó hasta los círculos campesinos, con el renacer del bandolerismo, estudiado por Imilcy Balboa Navarro en “Transición política y respuesta campesina. Cuba, 1899-1902”.

¹⁷ Después de la muerte de Martí, Estrada, que había sido junto a aquél uno de los organizadores del movimiento cubano de exiliados en Estados Unidos y del Partido, tomó el liderazgo como delegado. Después del fin de la Guerra hispano-estadounidense, efectuó la disolución del Partido.

¹⁸ Esas palabras las recoge Luis A. Pérez en *Between Reform and Revolution*. La cita que él recoge reza literalmente “It will take a long time to teach them”. (PEREZ, LOUIS, A., 138).

referencia a que los militares en esta etapa de ocupación, se organizaron sobre varias presunciones. Entre ellas, la más importante “la convicción decimonónica de que el establecimiento de una Cuba independiente y soberana era incompatible con los intereses estadounidenses¹⁹” (Pérez, 1982, p. 271).

Brooke sería relegado de su puesto a finales de 1899. Leonard Wood sería la nueva elección de la administración McKinley como gobernador de la isla, emprendiendo reformas en materia de educación, según el ejemplo estadounidense. Esto es un ejemplo de la manera en la que Estados Unidos intentó adecuar la realidad cubana a la norteamericana. El propio Wood, que se rodeó de personas afines, muchos de ellos antiguos exiliados en Norteamérica que habían vuelto a la isla, plasmaría por escrito su fe en que los cubanos pidiesen voluntariamente su anexión a los Estados Unidos.

Las elecciones municipales de junio de 1900, dieron mayorías a los nacionalistas en La Habana y a los Republicanos en Santa Clara y Matanzas (Thomas, 2004, p. 319). Wood emprendió entonces la elaboración de una nueva constitución que delimitase el devenir de Cuba y, más especialmente, sentase las bases de las relaciones entre la “perla de las Antillas” y Estados Unidos.

3.1. ENMIENDA PLATT

“[...] el Gobierno de Cuba consiente que los Estados Unidos pueden ejercitar el derecho de intervenir para la conservación de la independencia cubana [...]”

Art. III de la Enmienda Platt (1901)

En líneas generales podemos decir que la Enmienda Platt supone un importantísimo punto de inflexión en lo que se refiere a las relaciones entre Estados Unidos y Cuba. Sin duda, esta Enmienda supuso una herramienta para dinamitar la soberanía cubana en los años de la República Cubana que estuvo vigente (1902-1934), con intervenciones estadounidenses en tierra isleña por un lado, pero también con peticiones de apoyo a los Estados Unidos por parte de los propios gobernantes cubanos siempre que se encontraban con problemas.

En su génesis, lo que la Enmienda perseguía, era vincular a ambos países antes de que se efectuase la irremediable independencia cubana, mediante una garantía incorporada de la constitución. Así, aun con la independencia cubana y sin fuerzas estadounidenses en la isla,

¹⁹ Traducción propia.

Estados Unidos mantenía el control. La Asamblea Constituyente Cubana, formada en 1901, no tuvo más remedio que aceptarla como un anexo a la Constitución de 1901.

Aquí encontramos a tres personajes clave: por un lado al propio Leonard Wood, a Elihu Root, que en estos momentos de la administración de Mckinley estaba encargado de la cartera de guerra y, por último, al senador Orville H. Platt.

El 11 de enero de 1901, Root escribiría una carta al secretario de Estado John Hay, que ha sido recogida por la mayor parte de la historiografía que toca este periodo en base a su importancia simbólica y a que, en ella, se pedía introducir en la ley fundamental cubana cuatro artículos²⁰. Una carta con idéntico contenido enviaría a Wood al día siguiente.

Orville H. Platt, senador por Connecticut, enviaría a comienzos de febrero una carta a Root en la que expondría su interés por formular una resolución para dar fin a la ocupación cuando se hubieran incorporado a la Constitución ciertos puntos. La resolución que proponía enumeraba las condiciones de todo aquello que los cubanos deberían cumplir antes de poner fin a la ocupación (Foner, 1975, p. 271).

El senador Platt introdujo en el Senado la resolución como una enmienda en el presupuesto del ejército (Foner, 1975, 280). Sería aprobada por él tras dos horas de debate, como recoge Hugh Thomas (Thomas, 2004, p. 324). En contra de la Enmienda, que contenía las mismas bases postuladas por Root a las que hemos hecho referencia en párrafos anteriores, se expresaron al menos dos senadores: John Tyler Morgan y Joseph Benson Foraker (Aragón, 2009, p. 33). Después del Senado, sería aprobada por la Cámara el día 2 de marzo, y firmada por Mckinley el día 3.

Efectivamente, en Cuba la Enmienda supuso un grave golpe. Una comisión formada por aquellos cubanos que formaban parte de la Convención Constitucional, marcharía a la capital estadounidense con el fin de discutir los términos y el grueso de la enmienda. Pero para el momento que esa comisión salió de Cuba, ya se había aprobado la que sería conocida como Enmienda Platt²¹. En la Convención, la aprobación de la Enmienda enfrentó a varias facciones. Por un lado, había quienes estaban a favor de la Enmienda, los que creían necesario

²⁰ En resumen, estos artículos estipulaban que Estados Unidos tenía el derecho de intervenir para proteger la independencia cubana; que ningún gobierno tenía poder para establecer tratados o acuerdos con potencias extranjeras que pusieran en peligro la independencia cubana sin el beneplácito de Estados Unidos; Estados Unidos tenía el derecho a tener bases navales y a retener tierras en ciertos puntos; por último, todos los derechos de los gobernadores militares serán validos, mantenidos y protegidos (Foner, 1975, pp. 265-266).

²¹ Extremadamente atractivo resulta el tema de la autoría de la Enmienda. Como recoge Foner, el propio Platt diría tres años después que la autoría era suya en un principio. De cualquier modo, el periodista Walter Ellman desde *Review of reviews* (1904) o el biógrafo de Root, Philip Jessup, darían la autoría al secretario (Foner 1975, p. 282).

aceptarla para ver salvaguardada la efectiva independencia y la creación de la República. Otros se negaban taxativamente a ella, con Juan Gualberto Gómez como personaje más destacado de esta facción, pues había sido discípulo del propio Martí. De cualquier modo, finalmente se aprobó en la asamblea por un voto: quince por catorce. Definitivamente, otra votación se celebraría en junio, el resultado fue de dieciséis contra once, con cuatro abstenciones (Aragón, 2009, p. 33).

La Enmienda formaría parte un apéndice de la Constitución cubana de 1901, con siete artículos. De manera resumida, Cuba no podía firmar tratados con potencias extranjeras ni dejar que otras potencias establecieran bases militares en Cuba sin beneplácito estadounidense. Las finanzas serían supervisadas por Estados Unidos. Estados Unidos tenía derecho a intervenir siempre que lo considerase oportuno. Cuba no podía atribuir responsabilidades de manera retroactiva de lo ocurrido durante los años de la ocupación (1899-1902). Los cubanos estaban obligados a mantener los esfuerzos por mejorar el control de las enfermedades del país.

En base al sexto punto, se estableció la base de Guantánamo. La armada estadounidense no era ajena al potencial estratégico de la Bahía y a partir de 1903, Cuba arrendó a los Estados Unidos Guantánamo por 200 dólares anuales (Malamud, 2003, p. 64-65). Sería utilizada como base naval y a día de hoy –agosto de 2015- continúa bajo control estadounidense.

De otro lado, una consecuencia de la Enmienda fue el fuerte aumento de las inversiones estadounidenses en la isla, hasta llegar a ocupar una cuarta parte del total de inversiones norteamericanas en América Latina. Ocuparon el sector azucarero, pero también otras áreas como el sector servicios. Para 1902 un acuerdo comercial entre ambos países completaba económicamente las estipulaciones de la Enmienda Platt. Estados Unidos se comprometió a bajar un 20% las tarifas aduaneras, mientras Cuba reduciría los aranceles que cobraba a las manufacturas norteamericanas entre un 20% y un 40% (Malamud, 2003, p. 65).

3.2. CAMINO A LA REPÚBLICA

Los últimos meses de 1901 fueron claramente convulsos en suelo estadounidense. Principalmente por el asesinato del presidente McKinley a manos del anarquista Leon Czolgosz. La presidencia fue tomada en ese momento por Theodore Roosevelt, que había conseguido alcanzar el puesto de gobernador de Nueva York después de finalizar la guerra entre Estados Unidos y España, donde realmente erigió su carrera militar y donde se granjeó una importante reputación, y que en los momentos de la muerte del presidente McKinley

ocupaba el puesto de vicepresidente. Fue durante la administración de T. Roosevelt que la efectiva retirada de Cuba de las tropas estadounidenses tuvo lugar.

Al mismo tiempo, en Cuba se abría la carrera para las elecciones generales, que habían sido dispuestas por Wood una vez que la Constitución de 1901²² se había aprobado y la Enmienda Platt formaba parte de ella. A partir de ese momento, Wood centró sus esfuerzos en conseguir un acuerdo comercial que permitiese la entrada de azúcar cubano en Estados Unidos al mínimo precio.

Las elecciones se fijaron para 31 de diciembre. Tomas Estrada Palma²³, con el apoyo de las facciones independentistas y con de Estados Unidos, saldría vencedor, superando a su opositor Bartolomé Masó, en contra de la Enmienda Platt y que se retiró después de que Wood amañase las elecciones, nombrando a cinco seguidores de Estrada para la comisión electoral (Gott, 2007, p. 172).

La Republica Cubana sería definitivamente establecida el 20 de mayo de 1902, casi siete años después de haber comenzado la guerra final contra España y treinta y cuatro años después de concluir la Guerra de los Diez años. Pero... ¿se inauguraba una República con soberanía cubana?

4. LA REPÚBLICA CUBANA (1902-1952)

“Creo que hemos llegado”.

(Máximo Gómez, 20 de mayo de 1902)

Aunque haya convenido en llamar así al apartado –“La Republica Cubana²⁴ (1902-1952)”-, lo cierto es que no hay un consenso claro en la historiografía para denominar este periodo.

²² O de 1902, si tenemos en cuenta que empieza a entrar en juego una vez que la ocupación estadounidense acaba en mayo de 1902. Las principales fuentes de las que bebe son Francia y Estados Unidos. Francisco Fernández Segado, catedrático de Derecho constitucional en la Universidad Complutense de Madrid, nos habla en su artículo “El Control de la Constitucionalidad en Cuba (1901-1952)”, sobre la separación de poderes montesquiana que se observa en la Constitución. Con un poder legislativo con Senado y Cámara de representantes; un poder judicial reforzado con un Tribunal Superior de Justicia; y en lo que respecta al brazo ejecutivo, se daban grandes atribuciones al presidente de la Republica (Art. 68). La Constitución al completo es accesible desde <http://www.contactomagazine.com/constitucion01.htm> (último acceso 20 de julio de 2015).

²³ Historiadores como Hugh Thomas hacen referencia a como Estrada contaba con el apoyo de Máximo Gómez (Thomas, 2004, p. 328). La escritora de origen cubano afincada en Miami, Uva de Aragón, hace referencia por su parte, a la manera en que la historiografía se ha referido a esta victoria de Estrada y a los factores importantes que a la misma se pueden atribuir: el apoyo de Gómez por un lado como factor clave y contar con la simpatía estadounidense por otro (Aragón, 2009, pp. 38-39).

²⁴ Evidentemente, desde mi posición, no puedo desdibujar la labor de ningún historiador, politólogo o intelectual. Por eso he optado por el título más ecuánime posible y he plasmado las diferencias que hay en lo tocante al periodo y su denominación.

Tenemos una línea de historiadores a los que Richard Gott se refiere como “fidelistas historians” en “Cuba: A new history” (Gott, 2004, p. 113), que califican este periodo como “Seudorrepública”. Dentro de este mismo grupo podríamos añadir también otras definiciones como “Seudorrepública neocolonial” o “Republica neocolonial”²⁵.

Antonio Elorza en “La Republica de Cuba, 1902-1959: las grietas de la política”, hace referencia a que los historiadores profesionales han coincidido en referirse a este periodo con las mencionadas “Seudorrepública” o “Republica neocolonial” (Elorza, 2002, p. 36). Oscar Zanetti, cubano y doctor en ciencias históricas, por su parte, habla de una “Republica tutelada” (Zanetti, 2013, p. 195).

Tal vez, como decía el escritor y cineasta cubano Jesús Díaz desde su posición ajena a la idiosincrasia de la Cuba posterior a Revolución “La República ha sido vilipendiada hasta la saciedad bajo el castrismo mediante el eficaz procedimiento pavloviano de asociar sistemáticamente su nombre a descalificaciones” (Díaz, 2002, p. 19).

De cualquier modo, en estos años las parcelas de poder estadounidense en Cuba en base a la Enmienda Platt, también en base al Tratado de Reciprocidad comercial y también, podemos añadir, en base a las intervenciones militares, fueron muy amplias. Además, se dotó a Cuba del marco perfecto para el desarrollo de actividades económicas.

De la misma manera, también hay diferencias en la cronología, pues mientras algunos autores centran la Republica en un periodo que abarca desde 1902 hasta 1952, otros la alargan hasta el fin de la Revolución (1959). De cualquier modo, me enfocaré en el periodo que abarca desde que se establece el nuevo sistema de gobierno hasta el golpe de Batista en 1952.

No quiero centrarme en reescribir todo el proceso de la dinámica histórica que se sucede en este medio siglo, sino organizar el apartado en base a las características de los diferentes periodos de estos largos y convulsos años; desentrañar la realidad de cada momento a través de la historiografía específica y, por supuesto, mantener como telón de fondo la relación con Estados Unidos, pues es la médula de este trabajo.

4.1. LOS PRIMEROS AÑOS

“El Tiburón cuando se baña, salpica”²⁶,

José Miguel Gómez (1909-1913)

²⁵ Así la menciona el historiador cubano Alejandro García Álvarez en “Después de la Guerra: una república azucarera en auge” (García, 1997, p. 136).

²⁶ “Tiburón” era el apodo por el que se empezó a conocer a José Miguel Gómez. Con esta frase, Gómez hacía referencia a que era corrupto, pero no solo era él quien se bañaba en dinero, pues “salpicaba” a sus subordinados.

A partir del 20 de mayo de 1902 se abría un periodo de cincuenta años que se caracterizaría por la corrupción, el gangsterismo, rebeliones, violencia e intervenciones estadounidenses (Gott, 2007, p. 171). Y así es, las bases legales para las interferencias estadounidenses en el gobierno cubano habían quedado sentadas con la Enmienda Platt.

La primera intervención estadounidense durante este periodo tuvo lugar en 1906, a petición del aun primer presidente de la Republica, Estrada Palma, y se extendió hasta enero de 1909. Las razones que mediaron en esa intervención están relacionadas con la retirada del candidato José Miguel Gómez del Partido Liberal Nacional, que defendía una sustancial autonomía local (Thomas, 2004, p. 339), surgido en 1903 de la mano del abogado Alfredo Zayas y con un espectro social más orientado a las clases populares y las elecciones presidenciales de diciembre de 1905, en las que fue reelegido Estrada Palma, desde el Partido Moderado²⁷, de orientación conservadora y centralista, sin oposición. Con la seguridad de que Gómez había renunciado debido al fraude y al clima de violencia despertado por los seguidores de Estrada, los liberales emprendieron una insurrección armada, ante lo que Estrada solo pudo pedir ayuda norteamericana, sustentándose en la Enmienda Platt .

De cualquier modo, debemos reflexionar sobre la ruptura que tuvo lugar en Cuba en 1906. No solo se debió a las elecciones de 1905; debemos sumar las tensiones que se fueron creando a partir de 1902. No solo tensiones políticas y sociales, sino también económicas. Así lo dice Louis A. Pérez cuando, traduciendo sus palabras, habla de que un 60% de la propiedad rural cubana fue dada a personas y corporaciones estadounidenses, sumando a esto un 15% de propiedades en manos de españoles. Solo un 25% de la tierra estaban en manos cubanas (Pérez, 2006, p. 151).

Charles Magoon fue el encargado de ocupar el puesto de capitán general civil de la isla, mientras que Enoch Crowder se encargó de efectuar reformas que encauzasen la situación cubana, entre ellas la reforma de la ley electoral, puesta en práctica en 1908 con unas elecciones municipales de las que salieron claros ganadores los representantes del Partido Moderado, rebautizado ahora como Partido Conservador. El eje de representación política en la isla quedó establecido con el Partido Conservador y el Partido Liberal, que salió vencedor de las elecciones generales de noviembre de ese año con José Miguel Gómez en la Presidencia y Alfredo Zayas ocupándose de la Vicepresidencia.

²⁷ Antes Partido Republicano, pero en 1905 los oponentes de Gómez, en unión de liberales y republicanos, formaron este tercer partido, el Moderado (Thomas, 2004, p. 339).

Durante la presidencia de Gómez la autoridad gubernamental se vio reforzada. Empezó trabajos de saneamiento, tras los cuales estaban velados cobros de comisiones fraudulentas. Hubo un ejercicio extenso de actividades corruptas desde la Presidencia que no hicieron sino llenar los bolsillos del Presidente. Estas maniobras corruptas se llamaron “chivos”; entre ellas, tal vez la de más importancia fue el establecimiento de la lotería, con la consecuente corruptela.

Los años de la presidencia de Mario García Menocal (1913-1921) del Partido Conservador, coincidieron con los años de Woodrow Wilson al frente de la Casa Blanca y con los años de la I Guerra Mundial, que tuvo un efecto muy positivo para la situación del azúcar cubano. Y es que, claramente, el azúcar cubano merece en estos años de la República un título aparte, pues al final de la Gran Guerra, el azúcar cubano en la demanda mundial aumentó un 10%. Cuba se convirtió en la principal exportadora de azúcar para los aliados. La parcela de importancia que ocupa el azúcar, ya no solo en el desarrollo de Cuba, sino en ser, y este es un punto en el que coincide la historiografía, un agente protagonista en el marco de las relaciones con Estados Unidos, es capital. Es más, del azúcar vino uno de los principales problemas del siglo XX, el problema racial, que tuvo su máximo apogeo en 1912 (Elroza, 2002, p. 38).

Con el beneplácito de Washington, Menocal fue reelegido en 1917. Con una educación recibida en Estados Unidos, Menocal se identificaba plenamente con el vecino del norte. Bajo su mando, las relaciones entre ambos países se vieron favorecidas y reforzadas. Durante el proceso de reelección quedaron evidenciadas prácticas fraudulentas en el entramado electoral, lo que impulsó a los liberales a establecer una rebelión armada –La Chambelona– en la que los Estados Unidos no tomaron parte.

El sistema electoral quedó de nuevo en evidencia en 1921 con la victoria de Zayas (1921-1925) del Partido Liberal. Durante el gobierno de Zayas, toda la expansión que el azúcar cubano había conocido en los años de la Guerra, se desinfló. El periodo brillante de expansión, lo que Hugh Thomas llama “la danza de los millones”, se oscurecía en 1920 y el endeudamiento de Zayas con compañías norteamericanas y el intervencionismo del Estado, aumentaron (Thomas, 2004, p. 399-340).

“Casi al borde el desastre” como dice Oscar Zanetti, las cabezas políticas presentaron al país una propuesta que consiguiese sacarlo de la crisis (Zanetti, 2013, p. 224). En las elecciones de 1924, Gerardo Machado y Morales desde el Partido Liberal, accedió a la presidencia, comenzando un periodo que algunos historiadores han descrito como “dictatorial” o “cuasi-dictatorial” y caracterizado por el auge del movimiento obrero, el aumento de las huelgas o la

manipulación el sistema electoral²⁸. En base a su programa electoral, muchos vieron en él reflejos del fascismo italiano encarnado por Mussolini, de ahí que Richard Gott haga referencia a Machado en el apartado que él protagoniza en su libro *Cuba: una nueva historia* como “El Mussolini Tropical” (Gott, 2007, p. 195).

Ejemplo de esa característica autoritaria y del entramado corrupto del sistema, fue el asesinato de Armando André, periodista y héroe de la guerra del 95, a manos de la policía, por haber dejado entrever en un artículo la homosexualidad de la hija de Machado. Claro queda a día de hoy que fue Machado quien había dado la orden.

Machado acabó con las huelgas que se sucedieron en aquellos años. De importancia es en 1925, la huelga textil del Sindicato de la Industria Fabrica, finalizada a base de plomo y sangre. Sofocadas también fueron las peticiones estudiantiles y las voces que desde los ambientes intelectuales o desde el Partido Comunista, se elevaban. Tal es el caso de Antonio Mella, dirigente estudiantil y miembro del Partido Comunista, que huyó del país y fue asesinado en Méjico.

A partir de 1930, emergieron toda una serie de actores en clara oposición al *machadismo*. No solo desde la izquierda, pues la derecha desde el movimiento ABC, también efectuó una dura oposición a Machado desde unas posiciones cercanas al fascismo²⁹.

Del mismo modo, en la recta final del gobierno de Machado, tuvo lugar otra importante huelga en marzo de 1930. Aquí se puso de manifiesto la potencia del movimiento obrero, con Martínez Villena, amigo de Mella, a la cabeza.

Para entender todo el panorama de huelga, es importante tener en cuenta el calor de la crisis que el crack de 1929 había provocado. Y es que para Gott, todo el movimiento revolucionario de principio de los años treinta está relacionado con la crisis (Gott, 2007, pp. 202-203).

¿Hasta dónde llegó el alcance de la Crisis de 1929 en Cuba? Pues bien, efectivamente, el azúcar fue donde más profundamente repercutió. El precio del azúcar cayó en picado y en Estados Unidos se adoptó el arancel Hawley-Smoot, cuya tarifa para el azúcar cubano resultaba superior al precio del producto gravado (Zanetti, 2013, p. 226). En general, el valor del azúcar se desplomó 200 millones de dólares para el mismo 1929, un declive cercano al

²⁸ Machado extendió su periodo de gobierno de cuatro a seis años, pues en 1927, tres años después de haber tomado la presidencia, extendió su mandato cuatro años más. A pesar de las protestas, especialmente las estudiantiles, la medida se efectuó de igual modo.

²⁹ El manifiesto de ABC, que emerge en 1931, no era sino una copia del programa fascista italiano de 1919 (Gott, 2007, p. 201).

60% (Gott, 2007, p. 202). Asimismo, el tabaco sufrió unas pérdidas, para 1929, valoradas en 43 millones de dólares (Aragón, 2009, p. 103).

Si sumamos el descontento generalizado por la situación política, la corrupción y el fraude electoral, a la situación económica llegada con el Crack del 29, es sencillo entender el auge de la oposición que hubo a partir de estos momentos.

A todo esto hay que sumar un suceso clave en estos años como es la llegada de Franklin D. Roosevelt a la presidencia de Estados Unidos y el nombramiento de Sumner Welles, un viejo amigo del presidente, como embajador estadounidense en Cuba. Machado no se mostró indiferente ante la figura de Welles. Sabía que iba a inmiscuirse en la situación cubana y que tenía poder para deponerlo si era necesario.

Una vez llegado Welles a la isla, emprendió conversaciones que englobaban al gobierno y a la oposición. Conversaciones que se fueron alargando hasta que en agosto de 1933 estalló una huelga general convocada por el Partido Comunista que fue ganando adeptos. La represión por parte del gobierno fue tajante.

En este contexto, parecía que iba a haber una nueva intervención estadounidense que estableciese de nuevo la tranquilidad. Las tropas estadounidenses se encontraban en Guantánamo, y las cercanas en Haití estaban avisadas. Pero el llamamiento final no se llevó a cabo. Aunque muchos cubanos acomodados pensasen que iba a haber una nueva ocupación, no fue así. Estados Unidos habían negado el apoyo a Machado, que se vio obligado a dimitir.

4.2. LA PRIMERA REVOLUCION EN CUBA DURANTE EL SIGLO XX

“Se dieron cuenta de que el pueblo de la isla no apoyaría un gobierno encabezado por unos sargentos de los que nadie había oído hablar, así que enviaron unos automóviles y llamaron por teléfono a los miembros de la facultad y del Directorio Estudiantil [...]”

(Ruby Hart Philips, esposa del corresponsal de *New York Times* en Cuba, 1935)

La cara elegida por Welles para ocupar la presidencia cubana fue la de Carlos Manuel de Céspedes, quien contaba con el apoyo de ABC. Aunque Louis A. Pérez habla de que la nueva presidencia sirvió para enfriar los ánimos que se habían ido caldeando los últimos años de Machado (Pérez, 2006 p. 201), Gott hace referencia a que en el país se vivió un fervor revolucionario, especialmente en el campo (Gott, 2007, p.205).

Ante esta situación, un grupo de sargentos dieron un golpe de Estado en lo que se ha denominado *El Motín de los Sargentos* o *Conspiración de los Sargentos*. Entre ellos se encontraba Fulgencio Batista Zanzíbar, aunque estaba encabezada por Pablo Rodríguez. El golpe sería capitalizado por estudiantes y miembros del Directorio Estudiantil³⁰. Entre los insurgentes y el Directorio se formó una comisión ejecutiva denominada Pentarquía (Pérez-Stable, 2001, p. 58).

Estudiantes y rangos bajos del ejército organizaron un gobierno encabezado por Ramón Grau San Martín, un intelectual poco conocido fuera de los círculos universitarios. Este gobierno se presentaba como una herramienta para efectuar un cambio social y, del mismo modo, llevar a cabo sendos cambios en lo referido a la relación con Estados Unidos y, más concretamente, a la Enmienda Platt³¹.

Este nuevo gobierno, denominado por el departamento de Estado norteamericano como “frankly comunistic” (Benjamin, 1990, p. 88), se vio pronto ensombrecido por varias fuerzas contrarias como ABC, el grupo conservador fiel a Menocal y los liberales del coronel Mendieta.

Ante esta situación Roosevelt envió varios buques de guerra a Cuba. No necesariamente con la intención de actuar, sino, simplemente, para provocar un efecto psicológico y, en caso de ser necesaria, una evacuación de norteamericanos residentes en la isla. Pidió a los ciudadanos estadounidenses que aguardasen en el Hotel del Malecón. Ante esa llamada, varios soldados de Machado acudieron al hotel. Los soldados de Batista se encargaron de cargar contra el hotel con artillería pesada. Batista era ahora jefe incuestionable del ejército.

Para Batista, pronto se hizo claro que Estados Unidos no aceptaría a un presidente como Grau. Ciertamente, no era un régimen necesariamente radical, pero a ojos estadounidenses un personaje como Mendieta era mucho más asequible. Y así fue: el 18 de enero de 1934 Batista aupó a Mendieta a la presidencia cubana. Las lealtades se traspasaron de manos. De Grau a Mendieta.

4.3. UNA NUEVA REPÚBLICA (1934-1952)

“Batista, de Cuba: ha burlado a los centinelas de la democracia”.

(Portada de *Time* del 21 de abril de 1952)

³⁰ El Directorio Estudiantil era una organización radical que se había formado en la Universidad de la Habana años antes como órgano de protesta contra Machado.

³¹ Machado también había teorizado con cambios en la mencionada Enmienda.

Las posiciones moderadas en Cuba sobre las que los Estados Unidos se habían apoyado desde 1902, se habían ido tornando en una suerte de gobiernos corruptos que movían los hilos a sus anchas, que mediaban en el sistema electoral de manera libre y que se convertían, en última instancia, en gobiernos dictatoriales. La protesta no se hizo esperar, máxime desde los años de Machado, por lo que la estrategia de los Estados Unidos para mantener su control debía cambiar. Jules R. Benjamin ha hecho una reflexión muy precisa al respecto, diciendo que “esa alianza con Batista y la clase media reformista, marcó ese cambio³²” (Benjamin, 1990, 91).

A partir de la entrada en juego de Fulgencio Batista se abrieron veinticinco años en los que fue el auténtico mediador de la política cubana. Desde 1934 hasta 1940 vemos una sucesión de presidentes –presidentes marionetas como dice Hugh Thomas (Thomas, 2004, p. 513)- hasta que se presenta definitivamente a las elecciones en 1940³³.

Como dice la socióloga de origen cubano Marifeli Pérez-Stable, el ejército se convirtió, una vez llegado 1934, en un auténtico árbitro de la política (Pérez-Stable, 2001, p. 60). Se ilegalizaron sindicatos y presos políticos fueron torturados. Para hacer referencia a los métodos políticos durante estos años se utiliza la palabra “gangsterismo”, con clara influencia en las películas norteamericanas de la década de los 30, tal y como recoge Louis A. Pérez y sobre lo que se hace eco Richard Gott (Gott, 2007, p. 214).

Por su parte Grau San Martín formó el Partido Revolucionario Cubano Auténtico y los comunistas, que habían sufrido durante este ecuador de la década de los treinta, convocaron numerosas huelgas contra las que Batista respondió de manera contundente. Nada más lejos de acabar con el movimiento obrero, bastante arraigado en la realidad cubana a estas alturas, éste aumentó.

El comunismo así pues, empezó a emerger y en 1937 se formó el Partido Unión Revolucionaria, que llegó a un pacto con Batista y empezó a funcionar legalmente bajo el nombre de Unión Revolucionaria Comunista. Del mismo modo se les permitió formar un sindicato: la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC).

La política de Batista en estos años se caracterizó por un plan trienal económico y social que incluía la creación de un Banco Nacional, el apoyo a la diversificación agrícola, garantías para la tendencia de tierras, el reparto de beneficios entre los hacendados y colonos, la distribución

³² Traducción propia.

³³ En 1935 Mendieta dimitió y fue sustituido por José A. Barnet. Para 1936, el nuevo presidente será Miguel Mariano Gómez, que será depuesto por Batista. Lo reemplazará por Federico Laredo Bru, quien se mantendrá en la presidencia hasta 1940.

de tierras públicas entre las familias campesinas, la aprobación de una legislación laboral y la aplicación de reformas en la educación y la salud pública (Pérez-Stable, 2001, p. 59).

Para 1940 se formó una asamblea constituyente, la primera desde 1901, que incluía a todos los sectores políticos. Amparadas por la nueva Constitución se llevaron a cabo unas nuevas elecciones. Salió electo Fulgencio Batista. Así, todo ese terreno político volátil que había comenzado en 1933 llegaba a su fin.

La paz social que consiguió Batista en estos años se asentó en el apoyo del Partido Comunista Cubano –Partido Socialista Popular a partir de 1943- y de la CTC, que junto a las posiciones conservadoras, habían formado una coalición que aupó a Batista en las elecciones de 1940 a la victoria (Pérez-Stable, 2001, p. 62).

En lo referente a la relación con Estados Unidos, sin la Enmienda Platt en juego, que había sido abolida por F. D. Roosevelt en 1933³⁴ promulgando la política de “Buenos vecinos”, la intromisión estadounidense no dejó de estar patente en Cuba. La influencia estadounidense continuó. En este sentido, Carlos Malamud señala que fue la presión del embajador estadounidense lo que obligó a Batista a establecer una apertura electoral (Malamud, 2003, p. 111). Así, el comportamiento paternalista estadounidense continuó, pues todos los presidentes que se sucedieron durante la década de los cuarenta acudieron al embajador para conocer su opinión sobre unos u otros asuntos. Del mismo modo, la palabra *plattista*, siguió siendo un objetivo de denuncia por parte de la izquierda cubana (Thomas, 2004, p. 516).

De otro lado, hay que tener en cuenta que estos años con Batista en el poder coinciden con los de la Segunda Guerra Mundial. Cuba se vio adherida a la causa estadounidense. Días después del ataque a Pearl Harbour (7 de diciembre de 1941), declaró la guerra a Japón y pocos días después a Italia y a Alemania.

Los años de la guerra, al igual que había pasado en la Primera Guerra Mundial, supusieron una bonanza para la producción de azúcar. En los primeros cuatro años de la década de los cuarenta la cosecha aumentó de 2,7 a 4,2 millones de toneladas y el valor del azúcar crudo llegó a los 251 millones de dólares (Gott, 2007, p. 217). Y eso a pesar de los problemas del transporte, pues las maniobras de los submarinos alemanes en el Caribe menguaron los embarques del dulce.

En las elecciones de 1944, las primeras completamente libres, dieron como vencedor a Grau San Martín, quien despertó el entusiasmo por el recuerdo del periodo de 1933-1934, pero

³⁴ Es necesario hacer hincapié en que el artículo séptimo, el referente a las posesiones norteamericanas en suelo cubano, quedó vigente, dejándose la base naval de Guantánamo en posesión de los EE.UU.

también se granjeó enemigos desde el ejército y las clases pudientes. Con los nuevos tiempos impuestos por la Guerra Fría desde 1947, Grau dio la espalda a los comunistas y a la CTC. Ese desplazamiento a la derecha de Grau al que hace referencia Gott, llevó a que Eduardo Chibás formase el Partido del Pueblo Cubano, también conocido como Partido Ortodoxo, para diferenciarse del Partido Auténtico (Gott, 2007, p. 217). No obstante, fue el Partido Auténtico y Prío Socarras quien llegó a la presidencia en 1948 con un 46 % de apoyo en las urnas.

Se iniciaron en ese momento cuatro años de corrupción sistematizada en la que esa práctica a la que hemos hecho antes referencia –el gangsterismo– aumentó a pesar de la “ley contra el gangsterismo” (Thomas, 2004, p. 576). Fue la violencia en última instancia, como dice Pérez-Stable, lo que contribuyó a debilitar el gobierno de Carlos Prío Socarras, quien presidía Cuba desde 1948 liderando el Partido Revolucionario Cubano Auténtico (Pérez-Stable, 2001, p. 65). La guerra entre bandas había experimentado un importante desarrollo. Con una población cada vez más temerosa, con una corrupción política en aumento, y con un estilo de vida de los mandos superiores del ejército difícilmente igualable por parte de los rangos más bajos, los ánimos estaban caldeados tanto para los jóvenes oficiales del ejército, como para los estudiantes universitarios³⁵.

5. HACIA LA REVOLUCIÓN CUBANA

“En vez de tender una mano amistosa al pueblo desesperado de Cuba, casi toda nuestra ayuda tomaba la forma de asistencia militar, asistencia que sencillamente reforzó la dictadura de Batista, una asistencia que fracasó completamente en mejorar el bienestar del pueblo cubano”.

(John F. Kennedy, Cincinnati, Ohio, 1960)

El 10 de marzo de 1952, Fulgencio Batista volvió a tomar las riendas de Cuba mediante un golpe de Estado, poniendo fin a la presidencia de Carlos Prío Socarrás. Por su parte, desde Washington, se optó por el silencio, seguido después del reconocimiento diplomático, ya el día 27 de marzo. Comenzaba una dictadura que se prolongaría hasta su huida de Cuba en 1959.

¿A que vino esa demora por parte de los estadounidenses? Aunque es cierto que algunas hipótesis apuntan al grupo Rockefeller como instigadores del cuartelazo de Batista ante el talante poco cooperador de Prío, nada puede corroborarlo. No obstante, Willard L. Beaulac,

³⁵ Un grupo revolucionario desde la universidad de la Habana estaba a punto de materializar una acción parecida a la de 1933. Entre ellos se encontraba Fidel Castro.

embajador estadounidense en aquellos momentos, diría en una entrevista a Hugh Thomas que se había enterado días antes de los planes del golpe por medio de un hombre de negocios estadounidense de apellido Hodges. Según el cubano Carlos Alzugaray, la demora del reconocimiento diplomático se pudo deber a que el golpe se había producido días después de llegar al Acuerdo de Asistencia Mutua para la defensa, viéndose una relación entre la firma y el cuartelazo por parte de Beaulac (Alzugaray, 2000, p. 72).

Cuba se convertía, a partir de esta llegada al poder de Fulgencio Batista, en lo que se ha conocido como el “patio trasero Estados Unidos”. Se abría, sin duda, una época de cordialidad entre su régimen y el del vecino del norte, en manos de la administración de Dwight Eisenhower.

De acuerdo con el Corolario Kennan de la Doctrina Monroe, se podía justificar el apoyo a regímenes no elegidos democráticamente, pues estos gobiernos se ajustaban mejor a la cruzada anticomunista que había emprendido Harry S. Truman con su Doctrina y que en estos momentos seguía su sucesor, Dwight D. Eisenhower. El régimen de Batista se acercó pronto a estos moldes, por ejemplo rompiendo las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, unas relaciones que, como bien apunta Jules R. Benjamin, él había propiciado en 1942 (Benjamin, 1990, p. 121).

El auge y la caída de Batista tienen lugar durante la administración de Eisenhower. Durante estos años, el talante cooperador de Batista fue la tónica general, con unas excelentes relaciones con el embajador nombrado por el presidente estadounidense en 1953, Arthur S. Gardner, y con el beneplácito del vicepresidente Richard Nixon, quien diría de Batista en 1955 que era un hombre “fuerte y vigoroso” (Alzugaray, 2000, p. 70).

Por supuesto, el grueso de los opositores a Batista, unidos bajo el nacionalismo cubano que veía a los Estados Unidos como enemigo, estaba vivo. En su seno, la figura cubana más importante del siglo XX hacía su aparición. Casi desconocido en el panorama político en momentos anteriores, su entrada en juego tuvo lugar con el asalto al cuartel de Moncada, el 26 julio de 1953. Se trata de Fidel Castro.

Sin duda hay figuras que no dejan indiferente a nadie. Figuras magnéticas por su interés político e histórico. Figuras que marcan una época, que todo el mundo conoce, con detractores y admiradores a partes iguales. Por todo esto, hay que acercarse con pies de plomo a personajes históricos de este calado. Fidel Castro no es una excepción.

De padre gallego y madre cubana, Castro estudió con los jesuitas en el Colegio Belén, para después estudiar la carrera de leyes en la Universidad de la Habana. En la década de los cuarenta, a comienzos de su veintena, había formado parte de la invasión de Cayo Confites, un movimiento para intentar derrocar al dictador dominicano Rafael Trujillo. Finalmente se graduó en la universidad en 1950.

Militaba en aquellos momentos en el Partido Ortodoxo³⁶, formando parte de sus juventudes. Para el momento del golpe definitivo de Batista, Castro se postulaba al Congreso por ese Partido Ortodoxo, pero sus planes quedaron truncados.

Desde posturas antiimperialistas y nacionalistas, el Partido Ortodoxo parecía ser el que mejor se adhería con las inquietudes de Castro. No obstante, después de la llegada de Batista, parece que concluyó que las vías democráticas no eran suficientes ni para derrocar a aquél, ni para promocionar políticamente.

Hugh Thomas hace referencia a que los vientos del comunismo no le eran ajenos, pero no era comunista³⁷. Conocía a Lenin y conocía a Marx, pero sobretodo conocía a Martí. Para 1953, Castro era un joven nacionalista, muy preparado, carismático y con una “visión estratégica”, como le atribuye Gott, a tener en cuenta (Gott, 2007, p. 223). Su hermano Raúl, no obstante, si tenía nexos con el Partido Comunista desde el ala de las juventudes.

No podemos ver al Castro de esta época sino como un joven de izquierdas, con el sueño de una Latinoamérica unida, como habían tenido Martí o Bolívar, y con una base ideológica adquirida en esencia durante sus años en la Universidad de la Habana.

En la cuestión ideológica del joven Castro, parece unánime la voz que apunta a que ninguna idea marxista le inspiraba en esos momentos, aunque desde voces más ortodoxas que han estudiado la Revolución Cubana se apunte otra cosa. El giro vendría posteriormente. Aunque el Ché diría años después que, en el fondo, ellos sabían que el socialismo era el único camino, la historiografía no parece avalar tales consideraciones. No obstante este será –el giro al comunismo- un tema que tocaremos más adelante.

³⁶ Que había sido creado por Eduardo Chibás en 1946. El Partido representaba intereses de la burguesía industrial no azucarera, contando con el apoyo de las masas populares. Una composición heterogénea en su interior y un componente nacionalista, con ideas revolucionarias y reformistas, caracterizaba el Partido de Chibás.

³⁷ “Sería comunista si fuera Stalin” decía Castro, dando a entender su alejada posición del comunismo (Thomas, 2006, p. 635),

En 1953 Castro uniría a 150 hombres con el fin de golpear a la dictadura de Batista. La mayoría eran jóvenes provenientes de las alas de las juventudes del Partido Ortodoxo. Se trataba de un grupo sin ideología propia y con el único aderezo en su repulsa a Batista.

La idea que Castro tenía en mente era, sin duda, complicada de efectuar. Se trataba de un asalto contra dos cuarteles de la región de oriente para conseguir armas y movilizar a la gente. El 26 de julio de 1953 los hombres de Castro, vestidos con uniformes militares, salieron hacia Santiago desde Siboney. La maniobra fue repelida con facilidad. Los inexpertos hombres de Fidel Castro se retiraron de manera alborotada ladera abajo. El intento fracasó, tanto la operación de Moncada como la de Bayamo. Sus hombres fueron posteriormente en su mayoría tomados presos.

Fue la represión y la repercusión de los hechos lo que verdaderamente dio a Castro en esos momentos el empujón definitivo. Las primeras sesiones del juicio tuvieron lugar en septiembre y fue en octubre cuando testificó por primera vez. Él mismo efectuó su propia defensa, mediante el famoso discurso “La Historia me absolverá”.

Este texto, que se convertiría en el manifiesto del movimiento revolucionario de Castro (Gott, 2004, p. 225), con influencia de Martí y el reformismo moral de Eduardo Chibás (Benjamin, 1990, p. 143), contenía lo que llamó “las Cinco leyes revolucionarias”³⁸. En esencia eran cinco puntos que hubiera puesto sobre la mesa si los acontecimientos el 26 de julio hubieran desembocado en la victoria. Nada apuntaba directamente a los Estados Unidos, simplemente hacía referencia a las fuentes de los problemas cubanos.

De otro lado, aunque el propio Fidel Castro calificase años después el programa de Moncada como cercano al socialismo, y aunque autores cubanos enmarquen el intento de Asalto al cuartel de Moncada como el comienzo de un camino que, en última instancia, conducía a la proclamación de un programa Marxista en la década de los sesenta, en palabras de Sebastian Balfour, a “La Historia me absolverá” le falta un punto central en el marxismo: la liberación de la clase trabajadora” (Balfour, 2005, pp. 57-59).

³⁸ En resumen, la primera ley abogaba por devolver la soberanía al pueblo y proclamar la Constitución de 1940 como la ley soberana del Estado; la segunda ley gravitaba sobre la propiedad de la tierra de colonos, subcolonos, arrendatarios, aparceros y precaristas; la tercera ley daba a los obreros y empleados el derecho a “participar en el 30% de las utilidades en todas las grandes empresas industriales, mercantiles y mineras, incluyendo centrales azucareros”; la cuarta ley, daba a los colonos “el derecho a participar en el 55% del rendimiento de la caña y cuota mínima de cuarenta mil arrobas a todos los pequeños colonos que llevaran más de tres años establecidos; por último, la quinta ley, llamaba a confiscar los bienes a los malversadores de todos los gobiernos mediante tribunales establecidos para tal fin –la mitad de los bienes irían a los cajas de los retiros de los obreros, el resto a casas de beneficencia, asilos y hospitales-.

Castro fue condenado a quince años por el intento de asalto. Quince años de los que solo cumplió dos debido a una amnistía general para él, su hermano Raúl y los dieciocho condenados que habían ido a la cárcel junto a ellos. No obstante, durante su estancia en la cárcel tuvo tiempo para leer y empaparse de la Historia cubana, la Revolución Francesa, los padres de la misma, la Revolución Rusa, F. D. Roosevelt, Napoleón, Lenin, Marx, etc. Fue allí donde también tuvo la oportunidad de ir configurando lo que se convertiría en el *Movimiento del 26 de julio*.

Después de su salida de la cárcel, ante la situación en La Habana y el rechazo del Partido Ortodoxo hacia su figura, tras tres meses Castro decidió irse a México, precedido de su hermano Raúl. Allí, la casa de Orquídea Pino hizo las veces de cuartel general y empezaron a orquestar lo que sería su siguiente paso, así como a delimitar el aspecto ideológico del movimiento. La insurrección armada era el único camino.

Castro viajaría a Estados Unidos y contactaría con las esferas opositoras a Batista. También entablaría contacto con los alrededores del Partido Ortodoxo para conseguir fondos. Los fondos irían llegando desde Estados Unidos, Venezuela y la propia Cuba. El dinero recaudado fue suficiente para conseguir un rancho en el que unir a sus hombres y alquilar posteriormente un yate a un norteamericano afincado en México: el *Granma*.

6. EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO

“Esta vez, por fortuna para Cuba, la Revolución llegará de verdad al poder. No será como en el 95, que vinieron los americanos y se hicieron dueños de esto [...]. Esta vez sí que es la Revolución”

(Fidel Castro, 1 de enero de 1959)

Desde el punto de vista revolucionario ortodoxo, el 1 de enero de 1959 se cerraba un proceso que se había iniciado en 1868, con el estallido de la Guerra de los Diez Años. Con la llegada a la Habana de Fidel Castro se ponía fin a la Dictadura de Fulgencio Batista. Pronto se romperían relaciones con Estados Unidos.

Los revolucionarios, encabezados por Fidel y Raúl Castro, Camilo Cienfuegos y Ernesto Guevara, consiguieron a finales de los cincuenta derrocar a un régimen dictatorial e implantar otro que iría girando hacia el socialismo en los años siguientes. El sueño de Martí se había hecho realidad, y su heredero a título personal, Fidel Castro, lo había materializado.

El gobierno revolucionario continúa hasta nuestros días. Hasta que haya un cambio de régimen, no se puede pensar que la Revolución Cubana haya finalizado, aunque autores de relevancia como Marifeli Pérez-Stable sostengan que la Revolución murió en 1970 (Pérez-Stable, 1993, p. 209).

6.1. DEL GRANMA A LA HABANA: LOS AÑOS DE LA LUCHA

“El Gobierno está utilizando las armas suministradas por los Estados Unidos, no sólo en su contra, sino también contra todo el pueblo cubano”.

(Fidel Castro en su encuentro con Herbert Matthews
publicado el 17 de febrero de 1957 en *The New York Times*)

La madrugada del 24 al 25 de noviembre de 1956, el Granma zarpó con destino a Cuba con ochenta y dos hombres. Veinte de ellos habían tomado parte en el asalto de Moncada (Thomas, 2004, p. 694). Había cubanos, un italiano, un mexicano, un dominicano y un argentino.

Raúl Castro había presentado a Ernesto Guevara a Fidel durante la estancia de los hermanos en México. Nacido en Argentina en 1928, Guevara comenzó sus estudios de medicina en Buenos Aires. Sin haber acabado su formación, emprendió varios viajes por Latinoamérica. A comienzos de los años cincuenta hizo dos viajes por los países andinos y entre 1953 y 1954 estuvo en Guatemala, donde fue testigo de las últimas semanas del gobierno de Jacobo Arbenz, antes de la conspiración contra su gobierno por parte de la CIA y miembros de la derecha guatemalteca. Es en esa experiencia donde autores como Gott o Thomas coinciden en establecer el principio de la hostilidad que desarrolló contra Estados Unidos. Ya en México, como el mismo declaró en sus diarios, la química con Fidel fue instantánea. Aunque para Hugh Thomas Guevara no era en esos momentos necesariamente marxista, pero sí revolucionario, al igual que Fidel, los textos de Marx o Lenin no le eran ajenos. La idea de propagar la Revolución estaba presente en el ideario de Guevara. A su pensamiento se le ha llamado *Guevarismo*. Bebe del marxismo y del comunismo, pero orientado hacia esa revolución en Latinoamérica y hacía la creación de una sociedad socialista. En sus influencias también está León Trostky. Podemos decir que, de las personas que embarcaron en el *Granma*, él era el que estaba más cercano al ideario marxista³⁹, aunque, como él mismo

³⁹ A parte de Raúl Castro, que formaba parte de las juventudes del PSP.

diría años más tarde, “Yo sabía que no era comunista, pero creo que también sabía que acabaría siendo comunista [...]” (Thomas, 2004, p. 835).

Para el día 2 de diciembre llegaron al oriente de la isla, sesenta y un años después del desembarco en La Playita por parte de Martí. A pesar de los contratiempos alcanzaron Sierra Maestra, donde lograron superar las primeras confrontaciones armadas. Así, el ejército rebelde fue aguantando, avanzando y consiguiendo nuevos adeptos⁴⁰. La guerra de guerrillas era la única forma de avanzar en el cometido. Desde Miami, Prío Socarrás enviaba fondos a Castro.

Desde 1957, los grupos opositores al *Batistato* aumentaban. En marzo, un ataque contra el Palacio Presidencial a manos de José Antonio Echeverría y el Directorio Revolucionario Estudiantil, estuvo a punto de acabar con Batista. Otros miembros del Directorio en contra del intento de asesinato contra Batista, abrieron un frente guerrillero en la cordillera del Escambray (Pérez-Stable, 1993, p. 103). Por su parte, Carlos Prío intentó sin éxito financiar un desembarco en oriente ajeno al grupo de Sierra Maestra. Desde posiciones más moderadas, se buscaban otras sendas: se intentaron establecer conversaciones y convocar elecciones. En lo referente al movimiento obrero, todo apunta que estaba ajeno a la lucha; para una ejemplificación de esto, podemos observar la fracasada huelga del 9 de abril de 1958 instigada por el *Movimiento del 26 de julio*.

Junto a Raúl Chibás y Felipe Pazos, Castro firmó un documento⁴¹ en el que establecían un gobierno provisional. Con *el pacto de la sierra*, se proponía un frente revolucionario cívico para acabar con Batista (Gott, 2007, p. 240).

Para 1958 los rebeldes seguían avanzando. Raúl consolidó su frente en oriente y Cienfuegos y Guevara marcharon hacia Escambray, en la zona meridional de la isla. Para el verano de ese año, las fuerzas opositoras, con el Movimiento 26 de Julio a la cabeza, firmaron un pacto mediante el cual reconocían el movimiento insurreccional como el principal medio de lucha (Pérez-Stable, 1993, p. 106). Entre ellos, también estaba el PSP. Desde comienzos de 1958, ya casi al final de la empresa, los comunistas estaban al lado de Castro.

Para los meses estivales de 1958 se podía ver que el régimen de Batista avanzaba hacia el desfiladero y que la victoria de los barbudos de las montañas era, cuanto menos, probable. Después del verano, Castro envió a Guevara a la provincia central de Las Villas y a

⁴⁰ La “vanguardia” a la que hacía referencia Ernesto Guevara en *El Hombre Nuevo*. El agente esencial para que la lucha tuviera éxito.

⁴¹ El llamado “Manifiesto de Sierra Maestra”.

Cienfuegos a Pinar del Río. Por su parte, Raúl avanzaba desde el norte y Fidel bajó de su refugio en las montañas para emprender la marcha hacia Santiago. La victoria estaba cerca⁴².

En la Nochevieja de 1958, Fulgencio Batista abandonó la isla. Se abría un nuevo episodio en la historia Cubana. Castro había vencido.

6.2. ¿Y ESTADOS UNIDOS?

“Batista had always leaned toward the United States. I don't think we ever had a better friend. It was regrettable, like all South Americans, that he was known -although I had no absolute knowledge of it- to be getting a cut, I think is the word for it, in almost all the, things that were done. But, on the other hand, he was doing an amazing job”.

(Arthur Gardner, 27 de agosto de 1960)

La opinión pública norteamericana se mantuvo dividida durante los años de la lucha en Cuba. Posiblemente, el primer contacto que muchos norteamericanos tuvieron con Castro fue a raíz de la entrevista que le hizo Herbert Matthews del *New York Times*. Posiblemente, la imagen que dio Matthews de las fuerzas de Castro eran superiores a la realidad, pero la finalidad que tenía la entrevista era frenar los rumores de muerte que había sobre su figura. “Castro está todavía vivo y sigue luchando en las montañas”⁴³ rezaba el encabezado.

Carlos Alzugaray, citando a Thomas G. Paterson, hace referencia a los intereses estadounidenses para obtener las claves de la orientación ideológica de Fidel Castro y del Movimiento, en los años de la lucha. Parece claro que había miedo de cualquier atisbo comunista. Hay que tener en cuenta el marco de Guerra Fría y el momento de la misma. Así, son normales los contactos que miembros de la CIA tuvieron con miembros del Movimiento, al calor de las palabras del periodista Tad Szulc, corresponsal del New York Times en La Habana (Alzugaray, 2000, p. 80). Pero del modo que hace referencia el historiador Vianni Pettinà, un informe de la CIA en octubre de 1958 dirigido a NSC (National Security Council), negaba cualquier tipo de conexión comunista entre los hombres de Castro, a pesar de los intentos de Batista de que así fuera (Pettinà, 2011, p. 195).

⁴² Para sumergirse más en los años de lucha, véanse los capítulos de *Cuba: la lucha por la libertad* referentes al tema, u otros libros más monográficos como el de Gustavo Guevara: *La Revolución Cubana* (2006) o *Historia de la Revolución Cubana* (2005) de Sergio Guerra Vilaboy y Alejo Maldonado Gallardo.

⁴³ Traducción propia. El artículo completo de Matthews es accesible desde <http://www.nytimes.com/packages/html/books/matthews/matthews022457.pdf> (Último acceso 5 de agosto de 2015).

La sustitución del embajador Arthur S. Gradner por Eral E. T. Smith en 1957, ha sido para muchos autores como un cambio norteamericano en lo que respecta a Cuba (Benjamin, 1990, p. 145). Aunque tal vez, simplemente, se trataba de un cambio de los embajadores en el seno de la segunda administración de Eisenhower, lo cierto es que el propio Smith plasmó en sus memorias que su impresión, no era otra que ver al gobierno de Batista como un gobierno aliado de los Estados Unidos (Alzugaray, 2000, 86).

Para 1957, cuando la base de Cienfuegos se unió al Movimiento y el control militar de Batista se vio en una encrucijada, Morris Morley hace referencia a que la embajada estadounidense en manos de Smith se dio cuenta de que el poder del dictador era más débil del que ellos creían. Se preguntaron si, tal vez, debían buscar más discreción en el apoyo a Batista, pero Smith se negó a cualquier ápice de disminución en el apoyo a Batista (Benjamin, 1990, p. 148).

No obstante, desde Estados Unidos pronto se dieron cuenta de la profunda crisis política que Cuba sufría y de la incapacidad de Fulgencio Batista para poder acabar con ella. Ciertamente, el fin de Batista era solo cuestión de tiempo y los Estados Unidos emprendieron un embargo de armas, pero sin condenar al gobierno ni alentar a la oposición. Sin la Enmienda Platt en la mano, Estados Unidos no podía, según apunta Pérez-Stable, actuar del mismo modo que habían hecho antes de 1934 (Pérez-Stable, 1993, 105).

Sea como fuere, lo cierto es que la posición de la administración Eisenhower respecto a la insurrección de Castro tiene diferentes enfoques. Si tomamos como referencia a Gott o al cubano Alzugaray, vemos una impronta en la que se hace referencia a la posición de Washington respecto al enfrentamiento en Cuba en clave a la amenaza para los intereses norteamericanos que puede suponer el *Movimiento*. Jules R. Benjamin por su parte, enfoca la situación en base al anticomunismo estadounidense. Un estudio más cercano en el tiempo como el de Vanni Pettiná, sostiene que Eisenhower podría haber establecido conversaciones con Fidel como ya hizo en Bolivia con el Movimiento Nacional Revolucionario (Pettiná, 2011, p. 167).

Del mismo modo, como bien señala el último autor, no había antes de 1960 una retórica antiimperialista o antiamericana en el Movimiento. El talante escéptico de los norteamericanos en los primeros momentos se debió a la incapacidad de delimitar ideológicamente a Castro y a sus hombres⁴⁴ más que a otra cosa, pues ante la falta de una definición clara del programa de Castro, empiezan a dudar sobre el Movimiento. Con la

⁴⁴ Conseguir “Hard intelligence” (Pettiná, 2011, p. 197).

documentación con la que Pettin  cuenta, incide en que desde la diplomacia estadounidense se veía con temor que la insurrección de Castro fuera caldo de cultivo propicio para una interferencia comunista, máxime desde la convergencia con el PSP. El mismo autor, en “Del anticomunismo al anticolonialismo: la presidencia de Eisenhower y el giro autocr tico en la América Latina de los años 50” dice:

“La cuestión de la alianza entre nacionalismo y comunismo no era ni un producto de una sociedad alarmada [...]. El Kremlin había dado pruebas de haber desarrollado unas herramientas bastante poderosas para extender su influencia sobre las elites nacionalistas en todo el mundo y la documentación estadounidense demuestra que Washington tenía, en los años 50, un conocimiento bastante preciso y correcto de las relaciones entre los dos fenómenos” (Pettin , 2011, p. 601).

Es decir, según Pettin , para Estados Unidos la insurrección castrista no tenía sesgo marxista en su interior, pero había gran grado de desconfianza respecto a los movimientos nacionalistas por miedo a una intervención soviética. De cualquier modo, y con toda seguridad, podemos decir que Castro no despertaba ninguna simpatía en Eisenhower, quien en diciembre de 1958 envió a William D. Pawley a ocupar el puesto de embajador. Ningún diplomático hubiera podido frenar a esas alturas lo que estaba por llegar.

7. RUMBO AL SOCIALISMO

MARGIE: *You like Castro? I mean, how do you feel about Castro?*

BUD: *What is Castro?*

MARGIE: *You know, that big-shot down in Cuba with the crazy beard*

BUD: *What about him?*

The Apartment (1960), de Billy Wilder

Nos enfrentamos en este último apartado a unos años clave para el devenir de Cuba. Es en estos años cuando el perfil ideológico de la Revolución se afila y se configura totalmente. Años de nacionalización de empresas estadounidenses, y años en los que se asienta el giro hacía la URSS de Castro. El antiguo “patio de recreo”, se convertiría en la principal preocupación estadounidense en materia de política exterior durante los años que abarcan el fin de la segunda legislatura de Eisenhower y la entrada del presidente, hasta entonces, más joven la Historia de Estados Unidos. La administración de John. F. Kennedy, que había

llegado a la Casa Blanca habiendo superado por un estrecho margen de votos al vicepresidente de Eisenhower, Richard Nixon, se vió enseguida sumergida en la maniobra en Bahía de Cochinos, que partía del Servicio Nacional de Inteligencia, y cuya génesis estaba en la administración de Eisenhower. Son unos años de extremado interés histórico, político y cultural en Estados Unidos y una época clave para la configuración de las posteriores relaciones entre Cuba y Estados Unidos, sin duda.

Según Hugh Thomas, que Castro despertó en aquel 1959 más esperanza que la que Grau había despertado en 1933, y que tenía unas cualidades para mover a las masas mayores que las que había mostrado Perón en Argentina. Nada nos hace suponer que los primeros meses tras la victoria de la Revolución en Cuba se tornasen sombríos. Todo parecía gravitar en torno a la esperanza. La imagen de Castro en los momentos posteriores a la victoria no se parecía a aquella que Woody Allen caricaturizaría en el film *Bananas* (1971) años después. No obstante, no todos los grupos sociales celebraban la Revolución del mismo modo.

El primer paso importante de Castro fue nombrar presidente del gobierno revolucionario a Manuel Urrutia el 3 de enero, quien dimitiría en julio, y a José Miró Cadrona, quien también dimitiría y sería sustituido por Castro, como primer ministro. El primer gobierno lo compusieron enteramente personas de mediana edad y otras más jóvenes seguidoras de Fidel Castro. Éste quedaba como comandante en jefe del ejército.

A parte de las represalias contra aquellos que habían favorecido a Batista, estaban los puntos recogidos en el programa inicial del gobierno. El principal era la reforma agraria, que se empezó a establecer una vez que Castro acabó con los viajes que emprendió en los meses de la primavera de 1959 a los que haremos referencia posteriormente. En esencia, la reforma agraria apuntaba a que se permitían posesiones de fincas de hasta 1000 acres (10% de las haciendas de país) y concedía asignaciones especiales de hasta 3333 acres (Pérez-Stable, 1993, p. 115). La ley, además, afectaba al 40% del total de la tierra perteneciente a fincas. Las propiedades que superasen los límites establecidos serían confiscadas por el Estado, con una compensación anual del 4,5%. Las consecuencias inmediatas fueron la caída de las cotizaciones de las compañías azucareras y otras en la bolsa de Nueva York (Thomas, 2004, p. 964). El INRA (Instituto Nacional de Reforma Agraria) estatalizó los institutos de azúcar, café y arroz; los grandes ranchos, ocupados muchos por haciendas norteamericanas, pasaron de manera análoga al control estatal.

La reforma agraria no fue bien recibida en Estados Unidos. Especialmente porque establecía que las tierras de Cuba eran para los cubanos; así, los terratenientes extranjeros, muchos de

ellos norteamericanos, quedaban excluidos. En total todo aquello que estaba en manos estadounidenses y fue nacionalizado: las corporaciones azucareras, los ranchos, las refinerías, etc., ascendió, según Louis A. Pérez a 1.5 billones de dólares (Pérez, 2002, p. 231).

De otro lado, durante aquel primer año se crearon ministerios nuevos, se intervinieron varias empresas de servicios (ITT), se crearon Departamentos de Industrialización –dirigida por Guevara- y de Comercio. Del mismo modo se intentó poner fin al problema racial, que había sido arrastrado durante décadas.

Desde Estados Unidos, la situación de la isla estaba siendo supervisada con lupa, aunque no había una política clara que marcara la pauta a seguir, ya no solo ante Cuba, sino ante toda América Latina.

Muchos funcionarios estadounidenses deseaban ayudar a un gobierno reformador en Cuba (El control que había tenido Estados Unidos sobre la isla durante las décadas anteriores hacía que muchos norteamericanos que conocían la isla mostrasen actitudes, como dice Thomas, paternalistas ante la situación cubana Thomas, 2004, p. 884). Pero como apunta Louis A. Pérez, la visión que tenían los norteamericanos de los sesenta años anteriores no concordaba con la que tenían los cubanos (Pérez, 2002, p. 230).

El nuevo embajador Philip Bonsal, antiguo trabajador de la ITT en Cuba, no mantuvo un contacto inmediato con Castro. Hasta el 6 de marzo de 1959 no encontramos el primer encuentro entre estos dos hombres. Todo apunta a que en aquel momento, Castro no sabía qué dirección seguir en lo que respecta a las relaciones con Estados Unidos (Thomas, 2004, p. 949). Su posición respecto a Estados Unidos, al menos de cara a la galería, puede quedar bien plasmada tanto en la entrevista que dio a Ed Sullivan y que fue retransmitida el 11 de enero de 1959 –lo que dio a millones de estadounidenses la oportunidad de tener un primer contacto con Castro- y las declaraciones que dio a diferentes medios durante su primera visita a Estados Unidos en abril del mismo año. Es cierto que en aquellos momentos la reforma agraria no se había puesto en marcha, pero a tenor de las palabras de Castro, nada parecía que pudiera salir mal.

En la primera visita de Castro a Estados Unidos, no hubo ninguna reunión con Eisenhower, pero sí con su vicepresidente Richard Nixon. Invitado por los editores de varios periódicos norteamericanos, Castro emprendió su viaje a Washington el 15 de abril. Tuvo una acogida calurosa por parte de las multitudes. La reunión con Nixon se puede resumir en aquella frase que escribió en sus memorias *Six Crises* “[...] Yo estaba convencido de que Castro, o era

increíblemente ingenuo sobre el comunismo, o estaba bajo influencia comunista”⁴⁵ (Luxenberg, 1988, p. 47). En aquel preciso momento, según Thomas, Nixon emprendió contactos con sus colegas en el gobierno y se alineó en la posición de J. Edgar Hoover, de los embajadores republicanos para los que Castro era una amenaza, y sugirió que se configurase una fuerza de exiliados cubanos con el fin de derrocarlo (Thomas, 2004, p. 958). Por su parte, Fidel Castro intentó ganarse a los norteamericanos con sus palabras. Las inversiones norteamericanas iban a ser respetadas. “We are not communist”⁴⁶, dijo a la prensa. Después de la visita a Estados Unidos vendrían las de Canadá, Buenos Aires, Rio y Montevideo.

Desde luego, los tiras y afloja durante estos meses fueron constantes entre la administración de Eisenhower y Cuba, especialmente con la entrada en juego de la Unión Soviética. En un primer momento, la política exterior de la URSS no estaba clara, ni en lo que respecta a Cuba ni en lo que respecta a América Latina, como en el caso de Estados Unidos. Una vez que la reforma agraria se puso en marcha, desde Cuba se intentaron establecer relaciones internacionales con el fin de conseguir apoyo. En el verano de 1959, Guevara emprendió una gira internacional que le llevó a visitar varios países del Tercer Mundo. Necesitaban vender azúcar. En esa gira emprendió contactos con la Unión Soviética a través de la embajada soviética en El Cairo.

Las relaciones entre Estados Unidos y Cuba se emponzoñaron a partir de la primera mitad de 1960. Las disputas en torno al grueso comunista en el gobierno de Castro seguía siendo un quebradero de cabeza en Estados Unidos, algo a lo que los comentarios que Castro empezó a esgrimir sobre el vecino del norte, no ayudaron.

Y si bien las relaciones entre Estados Unidos y Cuba ya eran tensas en 1960, la llegada de la URSS las quebró. En febrero de 1960, Anastas Mikoyan viajó a Cuba para inaugurar una feria comercial soviética. Los tratos comerciales entre la Unión Soviética y Cuba empezaron a partir de ese momento, y con ello el deterioro de las relaciones con Estados Unidos. Además, en marzo tuvo lugar la voladura del *Coubre* en puerto de La Habana, un buque de carga francés. Castro, no dudo en culpar a Estados Unidos, pero Hugh Thomas establece la posibilidad de que este accidente fuese tomado por Castro como un salvoconducto para comprar armas a los soviéticos (Thomas, 2004, p. 1010).

Estados Unidos emprendió entonces una cruzada para acabar con la industria azucarera cubana. El primer paso fue reducir la cuota de azúcar para que a Cuba le quedasen sin vender

⁴⁵ Traducción propia.

⁴⁶ Esa célebre frase de Castro durante su estancia en Estados Unidos en abril de 1959 queda recogida en este video <https://www.youtube.com/watch?v=v-IAM56FATE> (Último acceso 29 de julio de 2015).

700.000 toneladas, que fueron enseguida compradas por Rusia. En palabras de Hugh Thomas “solo por esta razón, Cuba habría deseado recurrir a la Unión Soviética” (Thomas, 2004, 1027).

Ya en septiembre de 1960 Castro emprendió la nacionalización de toda propiedad americana en la isla y de todos los bancos. Las inversiones estadounidenses en Cuba pasaron de 900 millones a nada (Haney, 2011, p. 15). Como fruto de esas nacionalizaciones se impondría un bloqueo por parte de Estados Unidos.

La segunda visita de Castro a Estados Unidos, en septiembre de 1960, no fue tan positiva como aquella del abril del año anterior. El discurso de cuatro horas en la ONU no tuvo el impacto en los estadounidenses que tuvieron sus palabras un año antes.

En octubre de 1960 comenzarían las primeras medidas para el bloqueo comercial de Cuba. El embajador Philip Bonsal se retiró el día 29 de octubre de la isla. El fin del gobierno de Eisenhower estaba cerca. Con él, las relaciones diplomáticas entre ambos países, que llegaron a su fin en enero de 1961. Durante la carrera a la Casa Blanca, Richard Nixon y J. F. Kennedy habían convertido el tema de Cuba en el central de la campaña, pero la administración de Eisenhower ya venía cultivando un plan de acción para derrocar el gobierno revolucionario.

7.2. BAHÍA DE COCHINOS

“The message of Cuba, of Laos, of the rising din of Communist voices in Asia and Latin America... these messages are all the same. The complacent, the self-indulgent, the soft societies are about to be swept away with the debris of history. Only the strong, only the industrious, only the determined, only the courageous, only the visionary who determine the real nature of our struggle can possibly survive”

(Del discurso de John F. Kennedy tras Bahía de Cochinos;
abril de 1961)

El plan de invasión fue algo que John F. Kennedy heredó de la anterior administración. En la retina estaba el plan emprendido contra Jacobo Arbenz en Guatemala. Exitoso, poco costoso y sin víctimas estadounidenses en él. Para emprender el plan de Bahía de Cochinos, las ideas fueron análogas. Los exiliados empezaron entrenar en mayo de 1960. El equipo que había dirigido el ataque en Guatemala en 1954, con Richard Bissel al cargo, tuvo en sus manos también éste.

El 22 de enero, dos días después de haber tomado la presidencia, representantes del Estado mayor mostraron a Kennedy y a las nuevas caras de la administración⁴⁷ los planes de invasión. La Central Intelligence Agency (CIA), con Allen Dulles a la cabeza, estaba al mando de la operación y, aunque escéptico, Kennedy dejó que la preparación de aquella mantuviera los cauces previstos. Como diría el historiador y asesor de Kennedy Arthur Schlesinger, “Kennedy se vio atrapado”⁴⁸.

El lugar elegido para el desembarco fue la Bahía de Cochinos, en la costa meridional de la isla. A la altura de abril de 1961 todo estaba preparado para lo que se conocería como el “perfect failure”, el “fracaso perfecto”. El día 15 se arrojaron varias bombas en Santiago y en la Habana que acabaron con la mayor parte de la fuerza aérea cubana. Dos días después comenzaría la invasión. 1500 militares anticastristas, la Brigada 2506, se dividieron en dos grupos; uno desembarcó en la Palaya Girón y otro en Playa Larga. El ataque de los invasores fue repudiado con ataques aéreos⁴⁹ por parte del ejército de Castro. En dos días la fuerza invasora fue rechazada.

La figura de Fidel Castro salió reforzada de la victoria, efectivamente. En contraposición, el nuevo presidente estadounidense cargó con la culpa: a ojos de los norteamericanos, él era el responsable de la derrota. Quién sabe qué hubiera pasado de haber prestado apoyo aéreo con los Essex a los invasores.

De cualquier modo, las cartas estaban sobre la mesa. La operación no había sido como aquella exitosa de 1954. Además, el fracaso de Bahía de Cochinos supuso otro golpe de efecto: los lazos entre la URSS y Cuba se estrecharon aún más. A Estados Unidos solo le quedaban en respuesta ataques a menor escala, lo que se ha llamado operación Mangosta. Del mismo modo, es posible que autorizase, o al menos estuviera al corriente, intentonas de asesinato contra el líder cubano por parte de la CIA (Powaski, 2000, p. 173).

Un día después de los primeros ataques aéreos, el 16 de abril, Castro uniría por primera vez las palabras “Cuba” y “Socialista”, curiosamente.

⁴⁷ Robert McNamara como Secretario de Defensa, Arthur Schlesinger como asesor, Dean Rusk como Secretario de Estado o Robert Kennedy como fiscal general, entre otros.

⁴⁸ Así lo diría en un artículo escrito en el diario *El País* en marzo de 2001 “Bahía de cochinos, 40 años después”, al que se puede acceder desde aquí: http://elpais.com/diario/2001/04/08/domingo/9866_98005_850215.html (Último acceso 2 de agosto de 2015)

⁴⁹ Los ataques aéreos dos días antes habían menguado la capacidad aérea cubana, pero no la habían erradicado totalmente.

7.3. “WE ARE NOT COMMUNIST”... ARE WE?

No hay una línea homogénea que marque el giro de Fidel Castro y de la Revolución Cubana al comunismo y hacia la URSS. ¿Fue por necesidad? ¿Ya estaba configurado pero hubo que esperar el momento oportuno? ¿Mintió Fidel Castro a los ciudadanos cubanos y al resto del mundo? ¿Eran comunistas desde el principio?

Antonio Elorza en el artículo “Fidel Castro, el Poder y su Mascara”, recuerda los cambios ideológicos de Fidel en lo que él describe como un ejercicio de “esquizofrenia ideológica” y dibuja el retrato de un demagogo que ya desde su estancia en la prisión de Pinos estableció unas reglas de juego para nada democráticas para el futuro cubano. Lo que a su juicio buscaba era el poder personal, pero para ello tenía, en un primer momento, que guardar la compostura de cara a Estados Unidos. Elorza establece que Fidel Castro se cobijó bajo el PSP, cuyos miembros ocuparon puestos clave, incluso antes de que las relaciones con la URSS se estableciesen. Para llevar a cabo su plan, Fidel se deshizo de Camilo Cienfuegos⁵⁰ y de Huber Matos, amén de esgrimirse para sí mismo una imagen de salvador (Elorza, 2002, pp. 51-52).

Una lectura muy parecida ha hecho Carlos Alberto Montaner en “¿Cuándo se hizo comunista Fidel Castro?”⁵¹. Aquí, Montaner establece que Castro ya estaba sumergido en la doctrina comunista y que se hizo leninista posteriormente. Recoge conversaciones de diferentes personajes con Castro y hace referencia a que el PSP fue la herramienta básica con la que Castro se convirtió en “Jefe”.

Ambos, Elorza y Montaner, muestran unas ideas muy parecidas a las que comentó Huber Matos después de ser liberado a los veinte años de prisión a los que fue condenado en 1959. Pero mientras Montaner y Elorza establecen que Castro siempre fue comunista, Matos establece que usó el comunismo como elemento de conveniencia para amarrarse al poder⁵².

Otro punto de vista diametralmente distinto nos da Hugh Thomas, quien se muestra muy crítico con Castro, en su obra de referencia *Cuba: la lucha por la libertad*. Aquí, el historiador británico da rienda suelta en las primeras páginas que hacen referencia a la figura de Castro, a la idea de que no era comunista. Si, estaba bien empapado en Marx y Lenin, pero no casaba con su ideología. Si esto es así, ¿por qué hubo un giro hacia la Unión Soviética? Habría que esperar hasta las primeras confrontaciones con Estados Unidos y a las primeras

⁵⁰ Fallecido 28 de octubre de 1959 en accidente aéreo en un vuelo Camagüey-La Habana. Sus restos nunca fueron encontrados.

⁵¹ Accesible desde http://www.diariodecuba.com/cuba/1346873351_748.html (Ultimo acceso 10 de agosto de 2015).

⁵² A la pregunta ¿Era Fidel Castro comunista? la respuesta completa de Huber Matos es accesible desde <https://www.youtube.com/watch?v=t8rckILc1vA> (Ultimo acceso 5 de agosto de 2015).

relaciones comerciales con la URSS para que Castro se comprometiera con el bloque soviético. Esto es lo que el catedrático jubilado de la Universidad de Cambridge dice de las primeras relaciones comerciales entre Cuba y la URSS:

“Si finalmente se comprometió, es algo que, en todo caso, no se puede atribuir a la Unión Soviética –quizá no se le pueda atribuir en absoluto-, y quizá principalmente a Castro, más que a los comunistas cubanos” (Thomas, 2004, p. 1006-1007).

Muchos historiadores establecen que la comunistización de Castro fue en respuesta a la política azucarera de Eisenhower, pero Thomas va mas allá diciendo que “esa política permitió a Castro responder con una serie de medidas que tal vez no se hubieran producido entonces (o posiblemente nunca) y hubieran sido más complicadas de justificar”. El problema de Cuba era “como sacar el máximo partido de su abrogación por parte de Estados Unidos” (Thomas, 2004, p. 1028). Así, Castro utilizó al Partido Comunista “como una especie de burocracia que controlaba el movimiento obrero y las empresas que él arrebatava de manos privada” (Thomas, 2004, p. 1046). Tras Bahía de Cochinos, su unión con la URSS y su giro hacia el marxismo-leninismo, fue total.

Ronald E. Powaski en su obra *La Guerra Fría: Estados Unidos y la Unión Soviética 1917-1991*, explica que Castro se declaró socialista después de la invasión de Bahía de Cochinos con el fin de que la Unión Soviética apoyase a Cuba y asegurase la defensa de la isla (Powaski, 2000, p. 172). Una idea parecida tienen Sergio Guerra Vilaboy y Alejo Maldonado Gallardo en *Historia de la Revolución Cubana* (Guerra y Maldonado, 2009, p. 111).

Sebastián Balfour, en su biografía sobre Fidel Castro: *Castro*, hace referencia a que, en un primer momento, el líder cubano se sirvió del PSP para que lo ayudasen a establecer las instituciones de la Revolución, tal y como él tenía en mente. Balfour establece el ataque de Bahía de Cochinos como clave para configurar la ideología de la Revolución y la celeridad de su institucionalización a partir de ese momento (Balfour, 2005, pp. 88-89). El apoyo soviético ante una nueva intentona de invasión por parte de Estados Unidos era esencial. Por su parte, Robert J. McMahon, en *La Guerra Fría: una breve introducción*, hace referencia, de un modo parecido, a que Castro se alió con la Unión Soviética para hacer frente a la hostilidad estadounidense frente a su Revolución y por, además, afinidad ideológica (McMahon, 2009, p. 149).

Uno de los historiadores más importantes del siglo XX, Eric Hobsbawm, en *Age of Extremes: The Short Twentieth Century 1914-1991*, explica que ni Fidel ni los suyos (salvo dos excepciones) eran comunistas. No obstante, el PSP le daba organización y lo usó a su favor,

pero no casaba con su ideología. De cualquier modo, aunque no era comunista, Estados Unidos lo trató como tal. “[...] everything was moving the Fidelist movement in the direction of communism” (Hobsbawm, 1994, pp. 439-440). De nuevo, la presión estadounidense fue de suma importancia.

Un trabajo más focalizado en el tema es el del autor norteamericano Alan H. Luxenberg en su artículo “Did Eisenhower push Castro into the arms of the soviets?” Hace referencia al giro socialista de Castro y a aquellos autores que culpan de ello a Estados Unidos y, más concretamente, a Eisenhower. Luxenberg afirma que Castro no era comunista. Se veía a sí mismo como un nuevo Bolívar –o Martí, podríamos precisar- y mostraba cierta ambigüedad en sus influencias ideológicas. Habla del peso de Eisenhower en el gobierno de Batista, y en el apoyo brindado en la década de los cincuenta al entonces hombre fuerte de Cuba, así como de la posición del gobierno de Eisenhower respecto al Tercer Mundo. Pero concluye que el giro comunista que dio la Revolución fue inevitable. Para aquellos que en última instancia vierten la culpa a la administración de Eisenhower, Luxenberg dice:

“To argue that Eisenhower lost Cuba to communism is to expect our government to be both omniscient and omnipotent”. (Luxenberg, 1988, p. 64).

Del mismo modo, concluye, decir que Eisenhower es el culpable del comportamiento de Castro

“[...] is to elevate beyond reason the impact which the States can be expected to exert on the behavior of other nations” (Luxenberg, 1988, p. 64).

Joan de Alcàzar y Sergio López en *Fidel Castro, cuatro fases de un liderazgo inacabado*, establecen un cambio a partir del 8 de enero de 1959. Un cambio hacia un autoritarismo que se vio aliado por el comienzo de las relaciones con la URSS y la voladura del *Coumbre*, como hitos para establecer el comienzo de la enemistad con Estados Unidos. A partir de ahí, el historiador de la Universidad de Valencia, desglosa aquellos acontecimientos importantes para establecer el cambio de la Revolución hacia la izquierda. El autor dice “el 16 de abril de 1961, antes de la invasión de la Bahía de Cochinos, Fidel Castro declaró el carácter socialista de la Revolución Cubana” (Alcàzar y López, 2013, p. 12), si bien la invasión real fue el día 17, el día 15 ya hubo ataques aéreos y a tenor de las palabras de Hugh Thomas, Castro ya se esperaba un ataque de esa magnitud con anterioridad.

Con todo, podemos decir que un repaso a la vida del líder cubano por medio de la inmensa mayoría de las obras a las que se ha hecho referencia, estipula que no era comunista en su

juventud, ni tampoco en la década de los cincuenta. De la noche a la mañana, después de la invasión de Bahía de Cochinos, Castro se declara marxista-leninista. La aspiración de Fidel Castro, podemos pensar, era la de mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos cubanos, y para ello, se sirvió de una herramienta tan impopular como la nacionalización de la producción. Los productores privados que en su mayoría eran norteamericanos, vieron esto como una agresión, y de igual manera el gobierno de Estados Unidos. Esto fue clave para el giro que empezó a establecer la Revolución y para el comienzo de las tensiones y de bloqueo.

Al tomar el apoyo de la URSS y contraer una independencia económica de aquella, la presión que se había creado desde Estados Unidos acabó por estallar. Si bien, no obstante, los planes de invasión, como hemos visto en apartados anteriores, comenzaron ya desde la primera visita de Castro a Estados Unidos, en abril de 1959. La fracasada invasión de Bahía de Cochinos fue el elemento clave para que Castro diese el giro completo hacia el comunismo y hacia la URSS, en respuesta de las presiones estadounidenses, más que por cuestiones estrictamente ideológicas.

7.4. AL BORDE DEL COLAPSO: LA CRISIS DE LOS MISILES DE CUBA (OCTUBRE DE 1962)

“Usted ha mostrado su preocupación por el hecho de que nosotros hemos ayudado con armas a Cuba a fin de fortalecer su capacidad defensiva porque, prescindiendo de las armas que posea, Cuba no puede compararse con los Estados Unidos. Son muy diferentes las cantidades, el potencial militar de que disponen Estados Unidos y Cuba”.

(De la carta de Krushev a John F. Kennedy del 26 de octubre de 1962)

Conocida también como Crisis de Cuba o Crisis de Octubre, es principal hito dentro de la Guerra Fría, pues fue el momento en el que más cerca estuvo de estallar aquella tensión que se había desarrollado desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial. Lo cierto es que en el proceso de la Crisis de los Misiles, ni Castro ni ningún cubano tuvieron mucho protagonismo. En general, las conversaciones se limitaron a Kennedy y Krushev.

En esencia, Krushev mandó a Cuba seis misiles balísticos de alcance medio y veinticuatro misiles balísticos de alcance intermedio. La razón era proteger a Cuba de una nueva intentona de invasión después de Cochinos y establecer una respuesta a los misiles balísticos de alcance intermedio que Estados Unidos había posicionado en Turquía (Powaski, 2000, p. 179).

El 14 de octubre un U-2 divisó por primera vez los misiles en suelo cubano. Desde Estados Unidos se respondió con contundencia. Kennedy y su gobierno efectuaron entonces el bloqueo marítimo a Cuba para impedir que llegasen más armas, y no el ataque aéreo que los jefes del Estado Mayor pedían (Thomas, 2004, p. 1113).

El 22 de octubre Kennedy se dirigió a la nación estadounidense. En el discurso, no habló ni de Castro ni de una invasión a la isla, simplemente pedía a Krushev que retirase los bombarderos y los misiles de la isla. El 28 de octubre Krushev cedía. La correspondencia epistolar que habían mantenido ambos presidentes sirvió para que la Unión Soviética retirara los misiles y para que Kennedy prometiese públicamente no volver a intentar invadir Cuba, amén de retirar los misiles de Turquía.

Mientras la imagen de Kennedy salió favorecida, un Krushev humillado caería dos años después debido en gran medida a los acontecimientos de octubre de 1962. Cerca estuvo el mundo de conocer una Tercera Guerra Mundial en aquel octubre pero, por suerte, los acontecimientos se solventaron de manera satisfactoria.

De este modo, una vez finalizada la Crisis de los Misiles, se ponía fin también a casi doscientos años de relaciones entre Cuba y Estados Unidos (Thomas, 2004, p. 1123). Si bien la promesa de no invadir Cuba la mantuvieron todos los líderes estadounidenses, la retórica anticastrista siguió siendo sustentada por los siguientes presidentes, tal vez con la excepción de Jimmy Carter.

CONCLUSIONES

"Estados Unidos vendrá a dialogar con nosotros cuando tenga un presidente negro y haya en el mundo un Papa latinoamericano"

(Fidel Castro en una entrevista al periodista inglés
Brian Davis en 1973)

El viernes 14 de agosto de 2015 se reabría la embajada estadounidense en La Habana. Un paso simbólico hacia un nuevo tiempo en las relaciones entre los países vecinos, tal y como establecía el programa de gobierno de Barack H. Obama, en el que se apuntaban medidas tales como el cierre de Guantánamo. Aunque el bloqueo continua, parece que la ilación entre Cuba y Estados Unidos está dirigida a una nueva época. Pero solo el tiempo dirá como se desenvuelven los hechos. Simplemente, que las relaciones entre Estados Unidos y Cuba estén tan a la orden del día, demuestra que éste es, sin duda, un debate muy vivo a pesar de encontrarnos con unas raíces históricas tan profundas.

El interés estadounidense en la pequeña isla antillana es palpable desde comienzos del siglo XIX, con presidentes como Thomas Jefferson, y ya más concretamente en el ecuador del siglo, cuando comienzan de la mano de James Polk los intentos de compra a España. Unos intentos que se prolongarían hasta prácticamente la Guerra de Independencia Cubana de 1895.

A partir del mencionado año, el talante del demócrata Grover Cleveland caracterizará la posición estadounidense respecto a la guerra hasta la llegada de William McKinley del Partido Republicano a la presidencia estadounidense. Después vendría la voladura del Maine, cuya naturaleza ha quedado bien explicada en el presente, y la declaración de guerra de Estados Unidos a España. Después de la victoria estadounidense, se abre una ocupación efectiva del territorio cubano que se prolongaría hasta mayo de 1902 y en que los estadounidenses configuraron perfectamente cuál iba a ser el camino a seguir a partir de ese momento.

Con la firma de la Enmienda Platt, no me parece pretencioso ni dirigido afirmar que la soberanía cubana fue sustraída para ponerla al servicio de los estadounidenses. A partir de ese momento entramos en lo que, parece es, una contradicción, pues de una Guerra de Independencia exitosa contra los españoles, Cuba entra en la órbita del control político estadounidense, incluso con posterioridad de que la Enmienda Platt fuera derogada en 1934, pues de la manera que hemos recogido las palabras del historiador Carlos Malamud, el paternalismo estadounidense continuó.

Durante los años de la Dictadura de Fulgencio Batista la presencia estadounidense en Cuba no menguó ni mucho menos. Como bien representaron Mario Puzo y Francis Ford Coppola en *The Godfather Part II* (1974), Cuba era el patio de recreo de un “imperio” floreciente que había salido victorioso de la Segunda Guerra Mundial.

No obstante, aunque algunos puedan ver en el nacimiento de la Revolución Cubana una contestación nacionalista al control que Estados Unidos había efectuado en Cuba desde principios de siglo, parece más acertado apuntar que la Revolución nació como una herramienta contra la Dictadura batistiana en la que no encontramos, en un primer momento, esa retórica antiimperialista o antiestadounidense que posteriormente se desarrolló y que ha sido tan característica durante los últimos cincuenta años.

Realmente la Revolución Cubana no parecía ser tan extremista como otras que se habían desarrollado en Latinoamérica, como la de Haití, a caballo entre el siglo XVIII y el siglo XIX, o la Revolución Boliviana de 1952, pero el contexto del momento hizo que a la larga se radicalizase y encontrase en la URSS a su principal aliado. Para esa radicalización el agente principal fueron los Estados Unidos. Con la visión polarizada en el contexto de Guerra Fría, es normal que desde Estados Unidos se viera el devenir de Cuba de un color rojizo. El talante conciliador que parecía poseer Fidel Castro los meses posteriores a la victoria de la Revolución no fue suficiente. Después de emprender la nacionalización de bienes estadounidenses, la situación no parecía tener marcha atrás.

De este modo creo que he mostrado en qué medida fue “determinante” la influencia de Estados Unidos en Cuba, pues si bien configuró la realidad de la isla en la primera mitad del siglo XX, la situación cubana de la segunda mitad del siglo fue también provocada por la reacción que Estados Unidos había tenido después de la victoria de la Revolución, dejando a Cuba tras la fallida invasión de la Bahía de Cochinos con el único apoyo en la URSS. Es decir, Estados Unidos no solo mantuvo un control y una influencia en Cuba incontestables, sino que su posición fue clave para entender el giro que la Revolución dio hacia la izquierda. Así, se había pasado de un control español a uno estadounidense, para dar entrada a la influencia de una nueva potencia.

A partir de ese momento Fidel Castro se convirtió en un enemigo, ya no solo de los intereses estadounidenses, sino de la paz. Un personaje, a grandes rasgos, visto por los estadounidenses con desconfianza y apatía, que lideraba un gobierno comunista en la isla de Cuba, solo a 90 millas al sur de Florida.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCÀZAR, Joan del; LÓPEZ RIVERO, Sergio. 2013. "Fidel Castro, cuatro fases de un liderazgo inacabado". En *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, N° 30, pp. 3-24.
- ALZUGARAY, Carlos. 2000. *Crónica de un fracaso imperial*. Editorial de Ciencias Sociales, la Habana.
- ARAGÓN, Uva de. 2009. *Crónicas de la Republica de Cuba (1902-1958)*. Universal, Miami.
- BALFOUR, Sebastián. 2005. *Castro*. ABC, Madrid.
- BENJAMIN, Jules R. 1990. *The United States and the origins of the Cuban Revolution: an empire of liberty in an age of national liberation*. Princeton University Press, Princeton.
- CARDONA ESCANERO, Gabriel. 2008. "La guerra hispano-norteamericana". En GIRÓN GARROTE, José (Coord.) *Un cambio de siglo 1898: España, Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Estado Unidos*. Universidad de Oviedo, Oviedo.
- CRUZ CABRERA, Juan. E. 2001. "Relaciones triangulares Estados Unidos, España, Cuba: 1808-1898". En FLYS JUNQUERA, Carmen; CRUZ CABRERA, Juan. E. (Ed) *El nuevo horizonte: España/EE.UU. El legado de 1848 y 1898 frente al nuevo milenio*. Instituto Universitario de Estudios Norteamericanos, Alcalá.
- DÍAZ, Jesús. 2002. "Por una Segunda Republica". En *Letras Libres*, N° 47, pp. 18-19.
- ELORZA, Antonio. 2002. "Fidel Castro. El poder y su máscara". En *Letras Libres*, N° 47, pp. 48-54.
- ELORZA, Antonio. 2003. "La República de Cuba, 1902-1959: Las grietas de la política". En PINEY ROCHE, Grace Giselle. *Centenario de la Republica de Cuba 1902-2002. Ciclo de conferencias orecido por la Fundación Hispano Cubana durante los meses de abril y mayo de 2002*. Editorial Hispano Cubana, Madrid.
- ESTRADE, Paul. 2000. *José Martí: los fundamentos de la democracia en Latinoamérica*. Doce Calles, Madrid.
- FERNÁNDEZ BASTARRECHE, Fernando. 2008. "La última guerra hispano-cubana (1895-1898). En GIRÓN GARROTE, José (Coord.) *Un cambio de siglo 1898: España, Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Estado Unidos*. Universidad de Oviedo, Oviedo.

- FONER, Philip S. 1975. *La guerra hispano-cubano-americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano*. VOL II. Akal, Madrid.
- GARCÍA ÁLVAREZ, Alejandro. 1997. “Después de la guerra una república azucarera en auge”. En *Studia historica. Historia contemporánea*, Nº 15, pp. 135-149.
- GARCÍA REGUEIRO, Noeli. 2008. “La prensa amarilla en E.E.U.U.: influencia en la guerra hispano-norteamericana”. En GIRÓN GARROTE, José (Coord.) *Un cambio de siglo 1898: España, Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Estado Unidos*. Universidad de Oviedo, Oviedo.
- GOTT, R. 2007. *Cuba: una nueva historia*. Akal, Madrid.
- HANEY, Patrick Jude. 2011. “The Making of and Embargo. U.S.-Cuban Relations, 1959-1980”. En HANEY, Patrick Jude; VANDERBUSH, Walt. *The Cuban embargo: the domestic politics of an American foreign policy*. University of Pittsburgh, Digital Research Library, pp. 11-30.
- HOBBSBAWN, E. 2002. *Historia del siglo XX: 1914-1991*. Crítica, Barcelona.
- LUXEMBERG, Alan H. 1988. “Did Eisenhower push Castro into the Arms of the Soviets?”. En *Journal of Interamerican Studies And World Affairs*, Vol 30, Nº 1, pp. 37-71.
- MALAMUD, Carlos. 2003. *América Latina, siglo XX: la búsqueda de la democracia*. Síntesis, Madrid.
- MATILDE FERNÁNDEZ MUÑIZ, Aurea; MARTÍN FERNÁNDEZ, Aida. 2008. “José Martí. Artífice de la Guerra Necesaria”. En GIRÓN GARROTE, José (Coord.) *Un cambio de siglo 1898: España, Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Estado Unidos*. Universidad de Oviedo, Oviedo.
- McMAHON, Robert. 2009. *La Guerra Fría: una breve introducción*. Alianza, Madrid.
- MORO BARREÑANA, José María. 2008. “La Guerra de los Diez Años (1868-1878)”. En GIRÓN GARROTE, José (Coord.) *Un cambio de siglo 1898: España, Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Estado Unidos*. Universidad de Oviedo, Oviedo.
- PARDO MUÑIZ, Gustavo. 2008. “La política del gobierno de McKinley respecto a Cuba”. En GIRÓN GARROTE, José (Coord.) *Un cambio de siglo 1898: España, Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Estado Unidos*. Universidad de Oviedo, Oviedo.
- PASCUAL MARTÍNEZ, Pedro. 1997. “Dos centenarios del expansionismo norteamericano: México (1848), Cuba y Puerto Rico (1898). En *EHSEA*, Nº 15, pp. 341-364

- PÉREZ, Louis A. 1982. *Cuba Between Empires (1878-1902)*. University of Pittsburgh Press, London.
- PÉREZ, Louis A. 2002. "Fear and Loathing of Fidel Castro: Sources of US policy Toward Cuba". En *Journal of Latin American Studies*, N° 34, pp. 227-254.
- PÉREZ, Louis A. 2006. *Cuba: between reform and revolution*. Oxford University Press, Nueva York.
- PÉREZ-STABLE, Marifeli. 1993. *La Revolución Cubana: orígenes, desarrollo y legado*. Colibrí, Madrid.
- PÉREZ-STABLE, Marifeli. 2001. "Política y reformismo en Cuba. 1902-1952". En *Temas*, N° 24-25, pp. 56-65.
- PETTINÁ, Vanni. 2007. "Del anticomunismo al antinacionalismo: la presidencia de Eisenhower y el giro autoritario en la América Latina de los años 50". En *Revista de Indias*, Vol. LXVII, N° 240, pp. 573-606.
- PETTINÁ, Vanni. 2011. *Cuba y Estados Unidos (1933-1959)*. Catarata, Madrid.
- POWASKI, Ronald. 2000. *La Guerra Fría: Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*. Critica, Barcelona
- RUBIO GARCÍA-MINA, Javier. 1995. *La cuestión de Cuba y las relaciones con los Estados Unidos durante el reinado de Alfonso XII: los orígenes del "desastre" de 1898*. Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid.
- RUEDA HERNANZ, Germán. 1998. "El "Desastre" de 1898 y la actitud norteamericana". En *Anales de Historia Contemporánea*, N° 14, pp. 77-93.
- SEVILLA SOLER, Rosario. 1996. *La Guerra de Cuba y la memoria colectiva. La Crisis del 98 en la prensa sevillana*. Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla.
- SEVILLANO CASTILLO, Rosa. 1986. "Ideas de José Antonio Saco sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos (Paris, noviembre de 1848)". En *Quinto Centenario* 10, pp. 211-229.
- THOMAS, Hugh. 2004. *Cuba: la lucha por la libertad*. Debate, Barcelona
- ZANETTI, Oscar. 2013. *Historia Mínima de Cuba*. Turner, Madrid.